

Además...

El Caso de la Cicatriz Invisible

CAPITULO I.

Por LEONARD FINLEY HILTS

(Propiedad del Autor. Distribuido por King Features Syndicate)

LOUIE Fronteneau estaba solo en la oficina. Levantó la vista al verme entrar y me dijo con cierta tirantez, — Sientese

por allí, Roark.

Me dejé caer pesadamente en la silla para las visitas, que estaba frente al escritorio detrás del cual él se hallaba sentado, un poco preocupado y bastante nervioso. Yo me hacía cargo de la dirección del primer piso del Club Michigan, que pertenecía a Louie y muy pocas veces me hacía objeto de sus molestias. Cuando tenía alguna cosa que decirme, generalmente lo hacía después de las horas de trabajo. En esta ocasión, sin embargo, me había llamado a su oficinita, que daba la impresión de estar a felpada a mitad de la actividad de la noche.

Había surgido alguna cosa. Algo importante y serio.

Se veía muy atareado con unos papeles. Me le quedé mirando, tratando de verme tranquilo, pero no creo haberlo logrado.

Louie era un tipo bastante guapo, cerca de los cincuenta años de edad, pelo rubio muy bien peinado y un bigote cuidadosamente recortado. Su estatura era de un metro noventa y pesaba como cien kilos. No era de esperarse en un hombre tan corpulento, pero Louie era de modales tan abrumadoramente amables que resultaban imponentes.

El Club Michigan había venido operando durante ocho meses y estaba haciendo muy buenos negocios. La sección nocturna de abajo, el lugar que estaba bajo mi cargo, se veía lleno todas las noches. Los cuartos de juego del segundo piso estaban llenos de la clase de parroquianos más deseables.

El motivo principal por el que el Club había venido teniendo tan buen éxito durante esos ocho meses se debía a los modales especiales de Fronteneau. El había venido de alguna otra ciudad, nadie sabía cuál con exactitud, había establecido el club y logrando un buen negocio cuando la mayor parte de los otros lugares de reunión nocturnos parecían estarse declarando en quiebra.

Después de unos cinco minutos me dirigió una mirada fría y muy poco amistosa.

—Jorge, — me dijo con entonación engañadoramente tranquila, — ¿cuánto se imagina que se

va a ganar este año, incluyendo salario, propinas y bonificaciones?

La pregunta me sorprendió. —descuidado. — ¡Cómo, Louie, no sé! Quizá unos diez mil dólares, pienso...

—Le gusta el trabajo, ¿verdad?

Empecé a sentirme algo incómodo. Todo aquello parecía estarnos conduciendo a alguna cosa que no debía ser agradable. El método de Louie de referirse a algo complementario y luego volverse de súbito al verdadero asunto, era difícil de prever, aun cuando uno se diera cuenta de su inminencia.

—Recibiendo dinero en esa cantidad, — contesté con presteza, — ¿qué otra cosa podría hacer sino sentirme complacido?

Sin advertencia de ninguna clase, cambió repentinamente de tópico. — ¿Qué tal le va su hermanito?

Sonreí. — Bastante bien, Louie. Bastante bien. El empleo que tiene lo está enderezando. Lo malo con él fue que cuando era más joven se enredó con malas compañías. Ellos lo convencieron

de que había maneras más fáciles de conseguir dinero que trabajando para ganar.

—No es tan listo como usted, Jorge, — me dijo.

—Quizá, — repliqué. — De cualquier modo, cuando usted le dió el trabajo ese de la fotografía ambulante de abajo nos hizo a ambos un gran favor. Le gusta el empleo y está ahorrando algunos centavos.

El estar hablando de Pat me hacía sentirme un poco mejor. El muchacho me había causado profunda desazón cuando le había dado por juntarse con los bribones que capitaneaba Guillén. Y cuando le dieron una condena de cinco años debido a esa gavilla había sido un rudo golpe para mí.

Pat era diez años menor que yo y siempre había tenido hacia él sentimientos más bien de padre que de hermano. Me resultó un gran alivio cuando Louie le dió el trabajo en el piso de abajo después de que había salido de la prisión.

De pronto, Fronteneau me preguntó, — ¿Porqué lo enviaron a la cárcel, Jorge? La cosa volvía



Lea me abrazó y me dió un beso muy largo

SUPLEMENTO DOMINICAL DE "LA REPUBLICA" CON ESTE CONTENIDO:

- * Los maestros de la literatura policial: EL CASO DE LA CICATRIZ INVISIBLE (Novela completa), por Leonard Finley Hilt.
- * A ESPAÑA (Poema), por Alfonso Ulloa Zamora.
- * HOMENAJE A GALLEGOS EN EL 25º ANIVERSARIO DE DOÑA BARBARA.
- * ENCUENTRO CON ROMULO GALLEGOS, por Juan Liscano.
- * LAS EDICIONES DE GALLEGOS, por J. S. G.
- * OBRAS DE ROMULO GALLEGOS EN LA BIBLIOTECA NACIONAL.
- * CINCUENTENARIO DE LA MUERTE DE TCHEJOV, por Georges Fradier.
- * CRIOLLITA ANDALUZA, por J. Juan Serna.
- * Los libros y los días: KAFKA Y EL MONSTRUO, por Ramón Sender.
- * TRES SILABAS, por Salvador Jiménez Canossa.
- * CARTAS DE LUZ DEL ALBA.

San José, Costa Rica, 8 de agosto de 1954.
Nº 109.

a surgir. El acercamiento indirecto de Louie con la compañía de la descarga de un rayo. Le ponía a uno una trampa con una pregunta sencilla y luego soñaba las más difíciles para que dolieran más. Esto ya no resultaba una platicuita muy amena. Se estaba acercando a su meta. — Chantaje menor, — dije sintiendo que me ardía la cara. Siempre me resultaba molesto hablar de eso. — Eso ya lo sabía usted, — agregué.

Ahora me miró con dureza. — Hace unos momentos recibí una llamada telefónica, — me comunicó, — de parte de un caballero que visitó el club hace algunas noches. Está casado, pero en esa noche particular no andaba con su esposa.

Este debía ser el tercer golpe directo de la conversación. Cuando Louie me tenía danzando sobre la cuerda floja durante tanto tiempo, era que algo le estaba corroyendo por dentro. Dentro de unos cuantos segundos me daría uno en la quijada.

—Este caballero, — continuó, — me hizo saber que había recibido una llamada de un hombre que tenía un retrato tomado aquí en el club. Era de él aquella mujer y a menos de que comprara la negativa en cincuenta dólares, le sería enviada a su esposa.

Sentí que mi rostro se quedaba sin sangre y que las palmas de mis manos se llenaban de sudor pegajoso. Allí estaba el cartucho de dinamita que tenía escondido Louie, y no tenía que dibujarme ningunas gráficas para mostrarme el significado de sus palabras. Pat volvía a sus antiguas pisadas.

Me puse de pie, pálido y conmovido. Sentía el interior de la boca como un trozo de cuero de zapato.

—Louie, le — pregunté, — ¿fue Pat?

Se encogió de hombros. — Nadie ha mencionado nombres; pero ¿qué es lo que USTED cree? ¿Qué podía pensar yo? Me había estado engañando redondamente al pensar que mi hermano se había desviado sólo por el mal principio que había tenido. Pero ahora me di cuenta de que estaba podrido hasta las raíces. Por un momento me dieron ganas de ponerme a gritar, luego me sentí lleno de pesadumbre.

Había estado trabajando durante diez años, golpeándome la cabeza contra la pared, a fin de meterle algún sentido. Finalmente y ya cuando creía haberlo encauzado por la buena dirección, ¿qué era lo que había he-

341
cho el voluble necio? Darme de puñaladas. Poniéndome en tal situación que tal vez me hiciera perder el mejor empleo que había tenido. Y tal vez poniéndome el camino al montón de rocas nuevamente.

Además, había puesto en entredicho a uno de los clientes de Louie, cuya reacción no le era nada favorable.

—Louie,— dije, inclinándome sobre el escritorio,— no haga nada todavía. Sentía que los músculos de mi rostro estaban tan tensos como alambres estirados. Espere hasta que yo pueda hablar con él.

Sin parpadear, Fronteneau se me quedó mirando.

—Voy a bajar y a darle una paliza como jamás la ha recibido,— le dije. —He hecho todo lo que he podido, pero ahora me doy cuenta de que ese es el único lenguaje que entiende.

Louie sonrió levemente.— Saquélo de aquí si piensa hacer tal cosa, Jorge.

Me di vuelta y marché hacia la puerta, preocupado y sintiendo náuseas. Debería matarlo,— dije,— Tal vez esa sea la única forma en que aprenda.

Ciego por la ira, bajé rápidamente las escaleras. Pat me había engañado y sentía unos profundos deseos de hacerle pedazos la cara. El hecho de que era mi hermano, parecía ahora empeorar las cosas en vez de mejorarlas. Al llegar al pie de la escalera hice alto y arrojé una mirada a la sala.

No se veía al muchacho por ninguna parte. La voz de Lea Holmes, desde la tarima de la orquesta, llenaba el salón con su timbre sensual y profundo. Los clientes habían dejado de hablar y escuchaban atentamente, y se tiene que ser bueno para lograr tal cosa en un club nocturno. Los críticos la llamaban "La voz de la Invitación".

Pero ella tenía algo más que aquella voz que resultaba diferente, y tal vez por ello, terriblemente atractiva. Su pelo era rojizo, con matices de cobre y un rostro maravilloso que quitaba la respiración. Y todo un cuerpo. Llevaba puesto un vestido de color verde marino, sin hombros y ceñido a su cuerpo, que eliminaba cualquier otra duda.

Se balanceaba un poco mientras cantaba y sus movimientos daban a entender que estaba lista para cumplir la invitación que hacía su voz. Esto era lo que realmente los hacía caer. Cuando terminó, el auditorio parecía de mantequilla derretida.

Mientras escuchaba a Lea desde donde me había colocado, se me olvidó el muchacho por unos momentos. Una vez que hubo terminado su canción, recordé y volví a sentir que me dominaba la ira. Esa estúpida hazaña suya podría hacerme perder a Lea.

Salí del salón y eché a andar por el pasillo hacia el cuarto oscuro donde Pat revelaba sus fotografías. Sentía los músculos de mis brazos muy tirantes y llevaba los puños cerrados, listos para usarlos sin piedad alguna.

La puerta del cuarto estaba cerrada con llave pero por su parte inferior salía una línea luminosa que me hizo entender que Pat no estaba trabajando con ninguna película. Iba a llamar, pero, cambiando de opinión, saqué mis llaves. Di con la correspondiente y la introduje a la cerradura, entrando. La puerta se cerró detrás de mí.

Allí estaba Pat, sin duda al-

A ESPAÑA

A la distancia siempre.
Desde niño, una presencia tras el mar,
un nombre hermosamente claro: España.

A la distancia sí, a la distancia.

Pero el viejo latido de tu roca,
oleaje puro de violentas luces,
hizo bahía mi sangre.
Entonces tu verdad supe conmigo,
igual tu corazón, gesto y mirada.

La voz tuya, acero en ruiseñores,
filo de espuma y niebla, brisa en rayo,
como una agua sació la sed de estrellas
natural en el indio, mi otra raza.

España. Viva tierra.
Sonora a siglos te percibo limpia,
vertiéndote en efluvios poderosos
sobre el ansia de tantos hijos tuyos
que no sabrán jamás de tu regazo.

Agónica. Doliente.
Tu prosigues levantisca, terrible,
sin finales. Transpasada de Cristo.

España.

Una presencia tras el mar
de nombre hermoso y claro.
A la distancia.

ALFONSO ULLOA ZAMORA

guna, pero no estaba inclinado sobre sus bandejas de trabajo. Estaba tirado grotescamente, a mitad del cuarto con los ojos saltados y una sonrisa torcida dibujada en el rostro. No tuve que tocarlo para darme cuenta de que estaba muerto.

CAPITULO II.

Mi hermano tenía una herida en la parte inferior del rostro y otra en el puente de la nariz. La parte superior de su camisa estaba hecha pedazos y en su cuello aparecían unos grandes moretones.

Permanecí de pie por unos momentos sintiendo cómo me re corría el cuerpo un estremecimiento y notando que toda mi ira desaparecía como por encanto.

Después de un par de minutos de completa inmovilidad empecé a reaccionar. Al principio fue un dolor profundo que poco a poco se fue convirtiendo en sollozos que ahogaban mi garganta. Minutos después se convirtió en un ataque de rabia incontrolable a medida que el significado real del cuerpo tirado a mis pies parecía hacerse sentir lentamente en mi conciencia. Alguien había dado muerte a mi hermano. A mi único hermano, las razones que hubiesen tenido para matarlo no importaban absolutamente nada. Estaba muerto y era mi hermano.

Repentinamente sentí que mis emociones quedaban bajo el dominio de mi voluntad. Momentos antes temblaba de dolor y de ira. Ahora me sentía dominado y un solo pensamiento bullía en mi mente. El tipo que había dado muerte a mi hermano caería en mis manos. Su sonrisa delante de la muerte sería más horrible que la que desfiguraba el rostro de Pat.

Lentamente, de un modo mecánico, empecé a efectuar un examen del cuarto oscuro. Las bandejas de revelado se veían sobre una mesa que se hallaba colocada contra la pared. En esa parte del cuarto, de pared a pared, se veía un alambre usado para colgar y secar las fotografías. Cerca de uno de los extremos se hallaba el amplificador colocado sobre su propio soporte. Un par de sillas completaba el mobiliario del cuarto. Proyectándose de la pared se veía un pequeño resumidero junto a la puerta.

La cámara fotográfica que había sido de Pat estaba colocada sobre la mesa de revelado con la tapa posterior abierta mostrando el receptáculo donde se había hallado el último rollo de película. Las sillas derribadas, señal de que se había entablado una lucha, era la única prueba

de que se había registrado aquel acto de violencia. Todo lo demás parecía estar en su lugar usual.

No fue sino hasta unos cuantos minutos después de que me di cuenta de que faltaba la película de la cámara. No pude hallarla en ningún lugar del cuarto. Estuve buscando aquí y allá hasta que un olor raro me llamó la atención. Olfateando hice la tentativa para dar con su lugar de origen y finalmente descubrí que era hacia el resumidero donde se sentía más fuerte.

Ya allí pude reconocer el olor. Era el olor desagradable que produce la combustión del celuloide o el de una película.

Esa era la respuesta de lo que le había sucedido a la película. Alguien la había quemado en el resumidero. Al darme cuenta de ese hecho iluminador, vi mentalmente lo que podía haber sucedido. Pat había tomado la fotografía de otro cliente que estaba cometiendo indiscreciones y había intentado chantajearlo.

Tal vez había mostrado sus cartas demasiado pronto. Debí haber sido así, pues el tipo que había intentado extorsionar había regresado al cuarto oscuro en el preciso momento en que Pat terminaba de revelar sus fotografías. Había empleado la fuerza para resolver aquello y Pat había perdido.

Precisamente a un lado de la puerta, junto al conmutador de la luz eléctrica. Pat tenía un plano sujeto a la pared, sobre el cual señalaba las mesas donde ya había tomado fotografías, apuntando también el número de la negativa que les correspondía. Acudiendo a ese registro en el momento en que se disponía a entregar las fotografías, siempre sabía cuál era la que correspondía a las personas con exactitud.

Me aproximé y le eché una ojeada. Solamente se había hecho una anotación en la columna nueva.

"Mesa 12, Negativa N° 1".

Para mí, aquello significaba que había comenzado con un rollo nuevo de película y que solamente había tomado una fotografía con él. No se veía ninguna otra anotación en su plano, lo que me hacía saber que no había entregado la fotografía a la mesa número doce. La fotografía que se había tomado y que más tarde había sido destruida, debía, por fuerza, pertenecer a la gente que había estado ocupando esa mesa.

¿Y qué significaba aquello? Que alguien que había estado sentado allí no había estado de acuerdo con ser fotografiado, o no había querido comprar la fotografía una vez que Pat la tomó, y de ese modo había ido

a hablar con mi hermano. Mi asesino, el tipo que yo buscaba, había estado sentado en esa mesa.

Medité detenidamente, impulsado por aquella ira fría que ahora me poseía, y finalmente creí dar con una fórmula para atraparlo. Sacando un nuevo rollo de película del armario en que mi hermano guardaba su material de trabajo, lo coloqué en la cámara. Al salir, arrojé una mirada a mi hermano.

—No hiciste mucho bien, Pat,—pero te merecía algo mejor que eso?

Tommy Devito, el jefe de meseros, estaba de pie en la salita de descanso, mirando hacia el pasillo. Me vió salir del cuarto oscuro.

—Tommy,— le pregunté,— la gente que ha estado ocupando la mesa número doce ¿ha permanecido allí toda la noche?

—Sí, señor Roark. Kurt Rollins y un grupo de diez.

Kurt Rollins, un cliente fiel y un buen gastador. Yo lo conocía. Era un hombre de estatura enorme propietario de una fábrica de alguna cosa. Ya pasaba de los cincuenta y se creía todo un muchacho de juerga. La clase de tipo para quien se encuentra una buena mesa, sin importar cuánta gente llene la casa. Excelente material para el chantaje.

—Traté de demorarlo un poco si les ve intenciones de partir, ¿quiere, Devito?

Tommy movió la cabeza en señal de duda. —Algunas veces resulta muy difícil manejar a Rollins.

—Inféntelo, de todos modos,— le pedí. Después de eso retrocedí por el pasillo hasta llegar a una puerta que tenía el letrero, "Empleados Solamente".

La parte posterior del club no era tan hermosa como la de enfrente. Todas las paredes eran de concreto y los pisos estaban desnudos. Los únicos elementos decorativos eran unas anotaciones hechas a lápiz junto al teléfono, así como unos dibujillos trazados por algún ocioso. El cuarto vestidor de Lea se hallaba a un par de pasos de la entrada que conducía al escenario. Llamé dos veces rápidamente y luego empujé la puerta.

Lea estaba de pie a mitad del cuarto, poniéndose una bata de casa de transparente material. El vestido de color verde marino que había usado para su último número estaba colocado en una silla frente a su mesa de maquillaje. Cerré la puerta detrás de mí y me detuve a mirar.

La bata era de color negro con la orilla de color azul y era medio transparente. A través de ella se percibía algo de la blancura del cuerpo que envolvía lo bastante como para lograr que

se me detuviera la respiración por un largo momento. Lea se ató el cinturón y de inmediato corrió a arrojarse a mis brazos y a besarme largamente.

Desde el momento en que la sentí en mis brazos me di cuenta de que algo andaba mal. Finalmente nos separamos y me dijo con voz preocupada.— Me alegro de que hayas vuelto, querido. Tenía que hablarte.

Suavemente la llevé al sofá en que solía descansar entre número y número y la hice que se inclinara en él, sentándome a su lado.

—Lea,— le dije,— colocando la cámara en el suelo y cogiéndola de una mano,— ¿estuviste afuera hace algunos momentos cuando Pat tomaba unas fotografías del grupo de personas que se halla en la mesa número doce? Kurt Rollins está sentado allí.

—Creo que sí,— me contestó, — fue precisamente cuando regresé a cambiar de ropa para el último número. Estaba sentada en la mesa de Louie.— frunció el ceño perceptiblemente.

—¿Y....? —De eso quería hablarte precisamente, Jorge.

Hice una señal como descartando aquello.— Espera un momento amorcito. ¿Recordarías como hizo Pat que posara el grupo aquel?

Se encogió de hombros.—Una pose de carácter típico. Colocación de las sillas hacia atrás de modo que todos salgan en la fotografía. El mismo método que se sigue con toda clase de fotografías. ¿Porqué me lo preguntas?

—Más tarde te lo diré,— dije, evadiendo su pregunta. Lea tenía que presentar otra canción un poco más tarde. Si yo le hacía saber que Pat yacía muerto a unos cuantos metros del pasillo, nunca podría cumplir con su cometido.—¿Vas a salir ahora?

Se mordió el labio inferior.—Tengo que encontrarme con Louie en su mesa dentro de diez minutos.— Cuando sus ojos se fijaron en los míos noté que había en ellos una nota de profunda preocupación.— Me pidió que me casara con él.

Di un salto en el sofá. Fue necesario el transcurso de algunos momentos para darme cuenta de la realidad. Todo mundo sabía que Lea era mía. Ninguno

de los dos trataba de convertir en secreto aquella cosa. Louie lo sabía tan bien como todos los demás.

—¿Cuándo?— le pregunté. —Más temprano; en la ocasión en que me senté a su mesa.

—¿Qué le dijiste? Sentía que sus manos temblaban entre las mías.—Por algún tiempo no pude decir cosa alguna. Me había sorprendido mucho. Luego le pregunté si sabía lo que había entre nosotros dos. Me dijo que ya tenía noticias de eso, pero que no pensaba que era cosa seria.

Mientras Lea hablaba un solo pensamiento se agitaba en mi mente. El empleo que tenía no valía tanto así. Se lo arrojaría a Louie en la cara antes de permitirle que me quitara a Lea.

—¿Qué sucedió más tarde?— inquirí nuevamente.

—Al fin tuve que decirle que no, en términos bastante precisos. Mi respuesta lo perturbó mucho. Me dijo que lo pensara cuidadosamente y fuera a verlo después del número siguiente.

Repentinamente se arrojó a mis brazos, colocando su cabeza sobre uno de mis hombros y sollozando suavemente.—Oh, Jorge! Le tengo miedo; La forma terrible como me miró cuando le dije que no...

CAPITULO III.

Traté de impartirle algún consuelo, pero me sentía tan lleno de ira que yo mismo estaba temblando, además de que el calor de su cuerpo maravilloso pegado al mío era cosa que no podía soportar. Creo que transcurrieron como cinco minutos cuando menos para darme cuenta de que tenía una misión que llevar a cabo.

Me puse de pie rápidamente.— Vístete, amorcito y ve a encontrarte con Louie y a menos que realmente lo quieras, sigue diciendo no.

—Pero... —No te preocupes. Nos preocuparemos por las consecuencias más tarde. Cuando yo salga para tomar otra fotografía de la mesa doce, hazme una señal con la cabeza si crees que la pose es más o menos como la anterior.

Se me quedó mirando con los ojos muy abiertos y con una expresión de absoluta incompreensión. La besé rápidamente y salí. Si hubiese permanecido



Debería matarlo, dije.

allí otros cinco minutos tan cerca de ella, creo que no hubiera podido sostener la cámara, mucho menos conservar mis pensamientos en forma lúcida. Y desde ese momento tenían que ser muy lúcidos.

Los siguientes diez minutos que tardaría Lea en salir y aproximarse a la mesa de Louie los pasé de pie frente a ella, en el lugar del jefe de meseros, observando a la multitud. Muy por adentro de mi mente estaba tratando de organizar los acontecimientos que parecían enredarse en tupida madeja. Pero entre más pensaba, más parecía enredarse.

Si Louie quería que Lea se casara con él, y estaba realmente decidido a lograrlo, tenía un verdadero pleito en las manos. La cosa más notable de Fronteneau era la insistencia que ponía para hacerse de las cosas que deseaba. Una vez que había tomado una decisión, no dejaba que nada se interpusiera en su camino.

Por otra parte, allá estaba el cuerpo de Pat tirado en el cuarto oscuro. Y por otra Kurt Rollins, florido y carnoso, sentado en la mesa doce. ¿Era él, el ma-

tador de Pat o alguna otra persona sentada en aquella mesa?

Detrás de todo aquel escenario, había otro hecho muy significativo. Yo estaba ahorrando dinero lo más que podía, porque pensaba que dentro de unos cuantos meses, una vez que tuviese lo suficiente, sacaría a Lea de aquel lugar. Ella quería seguir cantando y yo no me oponía a sus deseos. Ibamos a casarnos y yo me encargaría de dirigir sus actividades hasta convertirla en una de las cantantes mejor pagadas.

¿Lo lograría? Habían pasado demasiadas cosas esa noche, demasiadas cosas que podían malograr mis planes. Todo aquello tenía demasiados lados y parecía complicarse más y más.

Finalmente vi que Lea se sentaba a la mesa de Louie y yo me dirigí a la mesa doce. Rollins estaba sentado a la cabecera de la mesa. La hermosa rubia que tenía a su lado no era su esposa. Durante los ocho meses que teníamos trabajando creo que había visto a su esposa una sola vez, sin embargo, era un parroquiano asiduo. Algo que ni mandado hacer para el chantaje. En esos momentos contaba



Me mostró un rasguño que tenía en la pierna

Ofrecemos esta Semana

los siguientes

LIBROS de INTERES

a precios especiales



- N. D. Lafuerza. Fuentes de Inspiración \$ 3.00
- N. D. Lafuerza El arte de hablar en público .. \$ 5.50
- Dale Carnegie. Rarezas y extravagancias de Hombres célebres \$ 6.00
- Warren Dygert. Como anunciar para vender.... \$ 7.50
- J. Blasco. Como se triunfa en la vida \$ 5.50

La verdadera Universidad en nuestros días consiste en una colección de buenos libros. CARLYLE.

LIBRERIA LOPEZ

Teléfono 3345 — Frente Hotel Costa Rica

7117

una historia y todos en la mesa se inclinaban para escucharla mejor. Con actitud de posesión y de intimidad, su brazo enorme rodeaba a la muchacha rubia.

Cuando logró interrumpirlo, dije.— Sr. Rollins!

Me miró, disgustado.— Eh? ¿Qué pasa Jorge?

—Lo siento, señor, pero nuestro fotógrafo se indispuso y echó a perder la negativa de su fotografía. Si todos me hacen el favor de volver a posar, la tomaré de nuevo y se la tendré lista en unos cuantos minutos.

Una expresión curiosa cruzó fugaz por sus pupilas. —¿Enfermo? Que lástima. Pero la fotografía no tenía ninguna importancia. Así, Jorge, olvídese del asunto y se acabó.

—Puedo tomarla en un momento,— insistí.

Movió la cabeza negativamente.— Déjelo por la paz. Era sólo para complacer a las muchachas y creo que ya se olvidaron de eso.

La rubia hizo un puchero.— Vamos, Kurt,— le dijo, —me has estado prometiendo una fotografía durante años, y nunca me la has dado. Esta es la única forma en que podré conseguir una.

El se volvió a ella, con expresión de enojo. Ella le arrojó una mirada tierna y suplicante que él soportó como por diez segundos. Luego lanzó un suspiro.

—Muy bien. El se paró allí al extremo de la mesa y nosotros posamos levantando los vasos.

Yo me aproximé al extremo de la mesa indicando mientras los invitados movían sus sillas y preparaban la expresión de sus rostros. La mesa de Rollins estaba casi a un lado de la que se destinaba a Louie. Les eché una mirada en el momento en que levantaba la cámara. Allí estaba Lea, sentada con Louie, observándome.

Ella movió la cabeza, ligeramente. Louie observó el movimiento y se dio vuelta con rapidez. La expresión de su rostro no tenía nada de agradable.

Tomé la fotografía con rapidez. Se oyó un ruido metálico y un fogonazo. Luego dije, —Gracias,— y empecé a alejarme de la mesa. La mirada de Louie y la expresión de su rostro parecían decirme que no le gustaba que el gerente de su club se dedicara a hacer el trabajo de otra persona. Si permanecía por allí tal vez se le ocurriría saber por qué Pat no estaba desempeñando sus labores y yo no podía decirle aquello todavía.

Al pasar frente al lugar donde estaba apostado el jefe de meseros, Tommy Divero me hizo una señal. —Aquella señora desea hablar con usted, Sr. Roark,— me dijo.

—La veré dentro de media hora,— le dije con entonación tan dura que Tommy me miró, parpadeando.— Tengo algo muy importante que atender ahora mismo.

Lo aparté de mi camino y marché en dirección del cuarto oscuro, pero antes de que pudiera dar tres pasos completos, una mano de toque suave se apoyó en mi brazo. Era la señora Rollins, esposa de Kurt.

Me dijo, —Por favor, le tomaré solo un momento y tengo que hablarle.

Su edad pasaba de los cuarenta y vestía costosamente, pero no me pareció que reunía muchos atractivos. Su rostro era demasiado rectangular para ser hermoso y su figura tenía los contornos amplios de una matrona. No parecía tener ninguna de las cosas que tenían las muchachas que Kurt solía traer al club. Parecía ser del tipo maternal perfecto, pero a Kurt no le atraía la idea de ser cuidado como hijo.

No quería perder tiempo, pero de algún modo u otro no pude zafarme. Ya debía haber visto a Kurt a aquellas alturas y parecía que la cosa iba a convertirse en una situación explosiva y en una escena en que menudearían los adjetivos. Una cosa así no ayudaba mucho a cimentar la reputación del club.

—¿Puede venir conmigo afuera por unos momentos?— me pidió.

Hice una señal de asentimiento y la seguí por las puertas de cristal. En la acera que había frente al club reinaba una gran quietud, perturbada sólo por la presencia del portero y un par de compañeros suyos. Ella se alejó unos metros de la entrada. Se detuvo y empezó a buscar algo en su bolso de mano.

Cuando se dio vuelta y me presentó el rostro extendía las dos manos. Les eché una mirada y contemplé un abanico formado con billetes de cien dólares nueveveintes.

—Mil dólares,— me dijo, antes de darme tiempo a que los contara.

—¿Por qué, ¿Para qué?

Una expresión de orgullo aparecía grabada en todos los rasgos de su fisonomía y pareció entablar una lucha consigo misma antes de decidirse a hablar.

—Tomó usted una fotografía,— dijo finalmente,— hace un momento... de mi esposo. Quiero comprarle un ejemplar.

Negué suavemente con la cabeza.— Es su retrato. No podía venderlo.

Los músculos de su rostro parecieron soltarse.— Sr. Roark,— dijo con voz baja y entonación cohibida,— deseo divorciarme de mi esposo y quiero ese retrato como prueba de su infidelidad.

—¿Porqué no acude a él y le pide el divorcio, sencillamente?— le sugerí. Evidentemente que a Rollins no le importaba mucho su esposa y quedaría encantado de poder deshacerse de ella.

—Soy una mujer rica,— me dijo.— La fábrica que está bajo la dirección de él es mía. El no tiene nada. Sin mí, no tendría ni un centavo.— Me mostró el dinero de nuevo.— Todo lo que tiene que hacer es sacar una copia adicional, Sr. Roark. Eso no sería muy difícil.

Yo conocía a Rollins y sus costumbres. No me simpatizaba. Aquella noche no me simpatizaba lo más mínimo, pues probablemente iba a resultar que él era el asesino de mi hermano. Me inspiró lástima

aquella mujer. El hecho de que le estaba contando aquella historia a un desconocido debía causarle un profundo malestar y no lo hubiese hecho a menos que se viese obligado en lo absoluto a hacerlo.

Pero no podía darle una copia de aquel retrato y mis sentimientos carecían de importancia en aquellas circunstancias. Se lo dije del mejor modo que pude. Le presenté mis excusas y me dirigí a la entrada del club. La señora Rollins me siguió muy de cerca.

Tommy me volvió a llamar.— Esta vez hay una nota para usted, Sr. Roark,— me informó.

Eché una mirada al pedazo de papel que me había entregado.— Apenas si se podía leer y parecía haber sido escrito con mucha premura, pero logré descifrar su contenido. "Ven a mi cuarto vestidor tan pronto como hayas tomado la fotografía. Terriblemente importante". Estaba firmado, "Lea".

Algo serio había pasado entre Lea y Louie al insistir ella en su negativa de casarse con él. Ese fue el primer pensamiento que se me ocurrió. Me dirigí hacia la parte de atrás del club tan aprisa como pude.

Ya para entrar a la parte de atrás del escenario, la señora Rollins me volvió a detener.

—Por favor, señor Roark,— ¿no quiere reconsiderar su negativa?— me pidió con tono suplicante.— Diga usted el precio. Cualquier cantidad. No puedo soportar más esta vida terrible.

Traté de no darle importancia aquello, aunque sabían que mi mente estaba ocupada con un cúmulo de cosas.— No,— dije,— sencillamente no es posible.

Momentos después abrí la puerta y penetré al salón de murallas de cemento donde estaban situados los vestidores. Apenas había dado un par de pasos por el pasillo cuando se apagaron las luces repentinamente. Me detuve y agucé el oído. De inmediato me di cuenta: alguien se aproximaba a mi cautelosamente avanzando por las sombras.

CAPITULO IV.

Lo primero que oí al principio fue el suave roce de un zapato sobre el piso de cemento. Momentos después identifiqué el ruido de una respiración. Asiendo la cámara todavía, fui avanzando por el piso lentamente hacia el cuarto de Lea. Por el ruido que llegaba a mis oídos me daba cuenta de que quien fuera el que se encontraba

conmigo en aquel lugar me andaba buscando, tratando de imaginarse el lugar en que me encontraba.

Sentí los maderos de la pesada puerta del cuarto de Lea. Me di cuenta en ese momento de que el matador de mi hermano no había esperado que yo llegara al cuarto oscuro sino que en esos momentos se disponía a atacarme. Se me había ocurrido abrir el cuarto violentamente, dejar la cámara en su interior y luego salir y enfrentarme a mi atacante.

En el momento de incorporarme para coger la perilla de la puerta sentí que un pie me daba en la pierna. Casi al mismo momento un cuerpo pesado saltaba de la oscuridad y caía sobre mí al mismo tiempo que unas manos grandes tocaban mi cabeza y mis hombros y se elevaban luego hacia mi garganta.

Lancé un puntapié y me separé de la pared, todavía sin lograr ponerme de pie tratando de zafarme de mi atacante, pero me di cuenta de que era demasiado pesado. Tenía que sostener la cámara con una mano y eso me ponía en condiciones desventajosas, pues sólo me quedaba una mano para apartar los dedos que buscaban mi cuello insistentemente. Logré escapar durante algunos momentos, retorciéndome en el suelo y empujando las manos que trataban de asirme.

Luego, gradualmente su peso superior empezó a decidir la lucha desigual. Sus dos manos se aferraron a mi cuello, se entrelazaron y empezaron a apretar. No podía respirar y sentía que la cabeza me daba vueltas. Aun en aquella oscuridad total percibía unas lucecillas delante de mis ojos.

Traté de moverme, de liberarme de aquel abrazo de muerte, pero me resultaba imposible. Todo el peso de su cuerpo estaba sobre el mío y la presión de sus manos me quitaban poco a poco la fuerza. Sentí que la conciencia empezaba a abandonarme.

Repentinamente me di cuenta de que había alguien más en el pasillo. Nadie hablaba. Escuché unas nuevas pisadas en el piso. Alguien tropezó con mis piernas y cayó sobre el hombre que estaba arriba de mí. Sus manos abandonaron mi garganta y logré respirar con libertad.

Me sentía muy débil y por el momento no pude hacer acopio de fuerzas para incorporarme. Permanecí inmóvil y escuché con atención. Por los ruidos que llegaban a mis oídos me di cuenta de que ahora éramos más de tres. Los crujidos y las pisadas sonaban como si se tratara de un ejército.

Finalmente logré moverme. Me di vuelta y extendí las manos para darme cuenta de lo que estaba pasando. Toqué los cuerpos de dos hombres que luchaban en la oscuridad. Asegurándome de que aún tenía la cámara, me puse de pie y me pegué a la pared, a deslizarme alejándome de los que luchaban.

Apenas había dado un par de pasos cuando choqué con la figura de una mujer. Estaba de pie en la oscuridad y en el momento en que chocó conmigo lanzó un grito agudo. El eco de aquel grito en el pasillo pareció el ulular de una sirena.

Casi en el mismo momento los dos hombres se separaron y saltaron sobre nosotros. La mujer lanzó otro grito y trató de huir por el pasillo. Un puño poderoso que salió de quien sabe donde me dió en un costado de la cabeza. Perdí el equilibrio y trastabillé en las sombras.

Lancé un puntapié, y le di en las espinillas a uno de los hombres. Oí que lanzaba un quejido de dolor. Fue entonces cuando él lanzó un golpe con el pie. No me di cuenta de ello hasta que sentí que algo hacía explosión en el



Vi un abanico de billetes de cien dólares

puente de mi nariz. Provenía de un zapato pesado y venía dirigido con batante fuerza. Vi como un relámpago a tiempo que sentía que la cabeza rebotaba contra la pared y perdí el sentido.

La última cosa que recordé fue la cámara. Al pensar en ella unas manos se extendieron rápidamente en la oscuridad, buscándola... La encontraron y la arrebataron de las mías. Caí en el piso de cemento y sentí que me hundía en una oscuridad más negra y más profunda...

No tengo medios de saber cuán to tiempo estuve desmayado, pero debe haber sido unos quince minutos cuando menos. Al recobrar el sentido me encontré todavía tirado sobre el piso del pasillo. Mi cabeza era como una caldera a punto de estallar y tenía en la boca el sabor salado de la sangre.

Las luces del pasillo habían sido encendidas de nuevo y no parecía haber nadie en él. Las únicas señales de aquella lucha eran unas cuantas manchas de sangre sobre el piso en el lugar donde había descansado mi cabeza. Logré ponerme de pie apoyándome en la pared.

En un principio tuve miedo de ponerme a vomitar. Tuve que permanecer inmóvil por algunos momentos hasta que desapareció aquella sensación. Luego me acerqué a la puerta del cuarto de Lea. Traté de hacer girar la perilla, pero estaba cerrada con llave.

Llamé suavemente. Siguió un momento largo y finalmente escuché la voz de Lea, atemorizada y cautelosa.

¿Quién es?

—Jorge—, dije. En ese momento no hubiese podido agregar ninguna otra cosa.

Abrió la puerta un poquito y viendo que era yo, me tomó de un brazo tirando hacia adentro y volviendo a cerrarla inmediatamente. Todavía me sentía mareado y apenas lograba sostenerme a mitad del cuarto, cogiéndome la cabeza con ambas manos y tratando de conservar el equilibrio.

Con una exclamación de sorpresa, Lea contempló la herida que tenía en el rostro. Me condujo hasta el sofá y me ayudó a sentarme en él. Me dió un par de besos y colocó su mano fresca y suave sobre mi frente. Unos cuantos minutos después sentí que la cabeza se me empezaba a despejar. Mis pensamientos empezaron a ordenarse un poco.

—Me quitaron la cámara, nena, —le dije.— Me estaban esperando

en el pasillo y me quitaron la cámara.

Lea movió la cabeza y sonrió. Acto seguido se acercó a su tocador. Abrió uno de los cajones inferiores y la sacó. Me quedé mirándola por algunos momentos tratando de imaginarme lo que había pasado.

—Escuché la lucha que tenía en el pasillo, —empezó a explicarme, viendo mi mirada de confusión. No me habías dicho nada, pero me imaginé que algo andaba mal por tu modo de actuar cuando viniste a verme antes. Y sospeché que tenía que ver con la cámara.

—¿Te mezclaste en esa lucha? —le pregunté incrédulamente.

—No.— Contestó. Encendió dos cigarrillos y me puso uno en los labios. —Apagué la luz de aquí adentro y abrí la puerta para averiguar lo que estaba sucediendo afuera. Permanecí de pie por fuera de la puerta, intentando dar me cuenta de qué era aquello cuando sentí que algo me golpeaba los pies. Me di cuenta de que eras tú porque sentí la cámara.

Levantó uno de los extremos de su bata y me mostró un rasguño que tenía en la pantorrilla, un poco abajo de la rodilla.

—Tiene las esquinas muy agudas,— añadió.— De cualquier modo, cogí la cámara y solté un grito. Deseaba ayudarte, pero me di cuenta de que la cámara era muy importante, así que, después de lanzar mi grito, me volví a mi cuarto y me encerré con llave.

—¿Te oyó gritar alguien? —le pregunté, fascinado por toda aquella historia.

—No lo creo. Se supone que estas paredes están construidas a prueba de ruidos, de modo que el ruido que se produce aquí no cause trastornos a la función del club. De todos modos, tenía miedo de volver a abrir la puerta, porque momentos después de que regresé aquí todo quedó sumido en el más profundo silencio. Temía que alguien estuviera esperando por fuera de la puerta para atraparme.

Aplasté la colilla de mi cigarrillo y me senté. La cosa no parecía estar tan mala ahora. Sólo sentía dolor de cabeza y un poco en la nariz me incliné hacia Lea y la besé.

—Te portaste maravillosamente.

—No sabía lo que te había pasado, —me dijo,— y estaba tan preocupada que hasta enferma me sentía. Si no hubieras llamado



La pistola hizo explosión en mi mano

pronto, iba a abrir la puerta sin importarme quien se hallara por fuera. Hizo una pausa, agregando.

¿No crees que ahora merezco que me cuentes todo lo que está sucediendo? Me he ganado eso, no lo crees, querido?

Fué duro contarle lo de Pat, pero tuve que hacerlo.

Se puso pálida y se llevó la mano a la boca.

—On, Jorge,— exclamó.— No! Le conté todo, la historia completa incluyendo lo de la trampa que le había preparado al asesino.

—Yo no te mandé ninguna nota,— me comunicó.— Sabía que regresarias acá tan pronto como pudieras. Tenía pensado esperarte. ¿Puedes empujar todavía esa trampa? —me preguntó.

—Todo lo que tengo que hacer es regresar al cuarto oscuro y esperar, le dije. Todavía resultará buena, pues el asesino no sabe dónde está la cámara.

—Jorge,— me dijo Lea, frunciendo repentinamente el entrecejo, — llamaremos a la policía para que se haga cargo de este asunto. No quiero que regreses a ese lugar. Es demasiado...

Moví la cabeza en señal de negación. No, tengo que hacerlo. Era mi hermano. Más todavía, el asesino puede huir si llamamos a la policía. Después de que venga, todo lo que tiene que hacer es darse maña para que se abra la cámara y se eche a perder la película. La evidencia en contra suya está aquí y deseo revelar la película antes de que suceda otra cosa.

Me puse de pie. Permanecí aquí. Vendré por tí cuando haya terminado todo. Pero permanece de pie en el umbral hasta que yo llegue a la puerta de la sala.

En aquel último beso Lea se pegó a mí como una enredadera a la pared. Tuve que empujarla para separarla. Luego, al darme vuelta, alguien llamó a la puerta. Oí que Lea retenía la respiración. Cogí la cámara con más fuerza.

CAPITULO V

Después de una pausa, pregunté: ¿Quién es?

—Soy yo, Sr. Roark. Tommy Devito.

Abrí la puerta y apareció delante de mí el jefe de meseros, con una expresión de preocupación en el rostro.

—Sería mejor que fuera al salón,— me dijo. La esposa de Rollins está aquí. La vio hablando con usted y anda en busca de jaleo. Mucho me temo que de un momento a otro tengamos una batalla.

—Muy bien, dije. Hasta luego, corazón.

Mientras caminábamos por el pasillo me dijo Tommy.— Parecía resentido por alguna cosa. Creo que es porque no quería que ella viniera acá. Y oí que le preguntaba de qué estaba hablando con usted. Están cerca de mi puesto, a la vista de todo el mundo.

—De manera que si hay algún pleito, tendré un excelente auditorio, ¿no?

Pasamos por la puerta de la sala de descanso. Inmediatamente me di cuenta de la escena. Rollins estaba allí, con una expresión de furia. Su esposa tenía el rostro pálido, pero lista para entrar en acción. Louie había bajado mientras Tommy iba por mí y en esos momentos estaba tratando de aplacarlos.

Los tres se volvieron hacia nosotros al vernos entrar. Dije a Tommy: —Parece que Louie puede encargarse de ellos, ahora Tom licula.

Yo tengo que revelar esta película. Me introduje al cuarto oscuro arrojando una mirada hacia atrás. Un buen número de ojos me estaban observando. Mucha gente parecía tener un interés especial al verme entrar al cuarto oscuro con la cámara debajo del brazo. ¿Perteneecerían dos de aquellos ojos al asesino?

No pasó mucho tiempo sin que tuviese lista la negativa. Saqué varias aplicaciones de ella y una vez que obtuve las fotografías las puse a secar en los alambres. Acto seguido encendí las luces y me preparé a esperar. ¿Vendría el asesino?

El cuerpo de Pat seguía tirado en el suelo en la misma postura grotesca. El espectáculo de su son risa burlesca me causaba un nudo en la boca del estómago. Fué en ese momento cuando vi el libro por primera vez.

Era un manual de fotografía, el que Pat había usado para estudiar antes de recibir la concesión. No lo había visto antes. Lo vi ahora porque noté que de entre sus páginas salía una hoja de papel. Apenas era una esquinita la que sobresalía de él.

El papel aquel resultó ser un



Louie estaba tratando de aplacarlos

anuncio del tipo de los que uno puede hallar en cualquier oficina de correos. Decía: "Se busca por asesinato por el Estado de California, Juan Meier". En medio de la hoja de papel aparecía un retrato de Meier, no muy claro, pero bastante bueno para servir de identificación. Lo observé por unos momentos.

Encontraba algo familiar en él, a pesar de que tenía la seguridad de que nunca había visto a ese hombre. Me puse a pensar sobre los motivos que me hacían encontrar algo de familiar en aquel rostro, pero no pude hallar algo afectivo. Bajo el retrato, con letras gruesas, decía, RECOMPENSA, 5.000. Detrás del anuncio, con la escritura de Pat, estaba esta anotación:

Recompensa:	\$ 5.000
Viaje a Cal:	500
Resto para empezar el negocio	\$ 4.500

Algo de aquello parecía tener sentido y algo no. Pat nunca me había dicho nada sobre sus deseos de irse a California e iniciar un negocio. Pero aparentemente había intentado hacerlo. De algún modo, tenía alguna pista del criminal, Meier, y pensaba recoger la recompensa ofrecida.

¿Tenía aquello algún significado? ¿Tenía relación con la muerte de Pat? Quizá sí, quizá no. Eché una ojeada a las páginas abiertas del manual y vi que varias líneas habían sido subrayadas. Leí aquellos pasajes.

Constituían una explicación sobre la técnica para retocar fotografías, señalando el hecho de que el retoque es necesario debido a que las líneas del rostro tienden a hacerse muy notables. Añadía que el fotógrafo, debido a ciertas condiciones luminosas, debe ser muy cuidadoso con la gente que se ha sometido a operaciones de cirugía plástica, ya que las cicatrices que quedan pueden ser invisibles al ojo humano, pero surgen con toda claridad en la fotografía.

Aquello era bastante técnico. Pensé que podía encontrarle algún sentido, pero antes de que tuviese la oportunidad de meditar sobre su significado, oí que llamaban a la puerta. El ruido que tenía en el estómago pareció duplicarse.

Ese podía ser mi nombre. Puse las fotografías debajo de una bandeja, el libro y el anuncio donde los había hallado y abrí la puerta. Louie Fronteneau entró al cuarto.

—¿Por qué no fué a trabajar Pat?— preguntó al cerrar la puerta detrás de él. Entonces vió el cuerpo de Pat. Se le quedó mirando durante algunos momentos. Tenía inclinada la cabeza, lo que me impedía ver la expresión de su rostro. Finalmente la levantó y sus ojos brillantes se fijaron en mí con dureza.

—¡Conque por eso estaba usted sustituyéndolo allá!

Empecé a decir algo pero sentí que la boca se me secaba. Solamente logré mover la cabeza en señal afirmativa. Una oleada de disgusto pareció bañarme de pies a cabeza. No me había dado resultado la trampa y con Louie en el cuarto, el asesino no se atrevería a entrar.

Sus ojos se tornaron más duros. No me parece eso muy sensato, Jorge. Le dije que lo sacara de aquí antes de castigarlo. Pronto llegará la policía y será una publicidad muy mala. Tendremos que cerrar el club por algún tiempo y esto me costará muchísimo dinero.

Yo lancé un respingo sobresalta-

do.— usted piensa... que yo hice eso!

Sonrió levemente.—Supongo que va a decirme que no fué usted quien lo hizo. Después del modo como salió de mi oficina, echando chispas y diciendo que vendría a matarlo.

—¡No lo maté!— grité y el sonido de mi voz me causó sorpresa. Casi tenía inflexiones histéricas.

Las manazas de Louie se extendieron y me cogieron por las solapas. ¡Escuche! dijo como un latigazo.—Bastante mal ha hecho matándolo en el club. No trate de negar que usted lo hizo! Si lo hace, habrá una serie de investigaciones que nos harán cerrar el lugar. Si les cuenta lo que pasó, que usted lo hizo, se llevarán el cuerpo sin agregar ninguna tontería.

Estaba tirando de las solapas de mi saco contra mi cuello, asfixiándome. No podía contestarle.

—¿Lo entendió bien?— me exigió.—¡Usted lo hizo y así se lo va a confesar!

De nuevo sentí que me dominaba una ira profunda. Disparé un fuerte golpe con el pie y le di de plano en la espinilla. Con un grito de dolor retrocedió, soltándose. Me lancé sobre él a base de puñetazos, aprovechándome del dolor momentáneo que le había causado mi puntapié.

Logré darle dos golpes en la quijada con mi mano derecha y un fuerte golpe con la izquierda en la base de la nariz. Trastabillé hacia atrás un poco más, levantando las manos para parar mis golpes. Finalmente le detuve la mesa en el momento en que yo lograba aplicarle otro puñetazo.

Cayó al suelo hecho bola. Me di cuenta de que no estaba desmayado sino solo atontado.

Retrocedí hasta llegar al cuerpo de Pat y lo registré. Encontré lo que andaba buscando. Una automática 32 en una funda que llevaba sujeta al hombro. La saqué y apunté con ella a Fronteneau, que en esos momentos se ponía de pie con algunas dificultades.

—No puede salirse con esto, Jorge,— me dijo, sacudiendo la cabeza para clarar su visión,— aunque me matara, no podría evadir la acción de la policía.

Me solté riendo. Era una risa fría, sin ninguna alegría, pero la primera que lograba salir de mi boca durante mucho tiempo.—Se me están ocurriendo algunas ideas ahora,— le dije.—Algunos de los trozos de toda esta cosa empieza ahora a tomar su lugar. Creo que ahora sí sé lo que pasó esta noche.

Me miró con ironía. ¡Debe saberlo!

En ese momento volvieron a llamar a la puerta. Me puse detrás de ella y descorrí el pasador, sin apartar los ojos de Louie al ejecutar esas maniobras. La puerta se abrió y entró Lea. Dió tres pasos antes de ver el cuerpo de Pat. Se le quedó mirando por un momento, luego soltó un pequeño grito y empezó a caer al suelo.

Salté para sostenerla y en el mismo momento Louie saltó sobre mí.

CAPITULO VI.

Sorprendí el movimiento de Louie con el rabillo del ojo. Su enorme puño iba derecho a mi rostro. Me agaché pero no con la rapidez suficiente. Parte del golpe me dió en la cabeza y me arrojó hasta el otro lado del cuarto. Di contra la pared y luché por no perder el equilibrio tratando de cogerme de alguna cosa.

Louie se aprovechó de aque-

lla ventaja y se lanzó sobre mí. Empezó a golpearme de nuevo antes de que yo pudiera recobrar el equilibrio. Con la mano izquierda me golpeó la cara y con la derecha me dió fuertemente en el pecho. Involuntariamente elevé las manos para protegerme.

En ese momento se disparó la pistola que tenía en la mano.

Bastaron unos cuantos momentos para que se me despertara la cabeza, efecto de los puñetazos que me había dado Louie. Luego me enderecé. Louie se había inclinado, cogiéndose la boca del estómago con las manos y tropezando a mitad del cuarto. Repentinamente se fué de bruces y permaneció tirado en el suelo, inmóvil.

Me guardé la pistola en el bolsillo y me aproximé a Lea. Su pulso era más fuerte aunque todavía seguía desmayada, por lo que supuse que de un momento a otro recobraría el sentido.

La idea que se me había ocurrido al estar frente a Louie momentos antes, necesitaba una verificación. Recordaba muy bien la cara del anuncio. Me parecía haber visto en ella algo vagamente familiar, pero nada definitivo. La volví a sacar.

Traje también el retrato que había tomado de la mesa doce y lo estudié cuidadosamente. Por primera vez me di cuenta de que también la cara de Louie estaba en la fotografía. Estaba sentado en su mesa, mirándose con el ceño fruncido y su rostro aparecía en el borde del retrato.

Al principio no pude ver nada en el retrato que tuviese algún significado especial. Más tarde, bajo una luz más fuerte y más cerca de mis ojos, el retrato estuvo en mejor posición para ser estudiado. Todo el rostro de Louie se veía surcado por líneas finas, como arrugas. Las líneas no aparecían visibles cuando uno hablaba cara a cara con él, pero se veían muy claras en la fotografía.

Me vino a la mente el párrafo del manual de fotografías acerca de las cicatrices que aparecen en los retratos bajo ciertas condiciones luminosas. Después de mirar de nuevo el retrato de Meier, el hombre que buscaba, el Estado de California, me vi en posesión de toda la historia.

Louie Fronteneau era Meier. Se había hecho un trabajo de cirugía plástica completo, de tal modo que su fisonomía había cambiado totalmente. Algunas cosas, como sus orejas y la expresión de sus ojos, eran las mismas y esa era la razón por lo que creía que había algo familiar en el retrato de Meier.

Evidentemente Pat había desenterrado ese hecho y esperaba la oportunidad para obtener una fotografía adecuada de Louie para demostrarlo. Esta noche lo había logrado. Tal vez Louie sospechó de él y lo siguió al cuarto oscuro. O tal vez entró de casualidad a él en los momentos en que Pat revelaba la película. Fuere el caso el que fuere, Louie se dió cuenta de que su secreto había sido descubierto.

Para retenerlo había matado a Pat. Luego se había dedicado a prepararme una trampa bien trazada. De ese modo podía lograr dos cosas al mismo tiempo. Podía deshacerse de mí para que darse con Lea y librarse de una acusación de asesinato.

Una cosa muy importante sabía yo ahora. Pat no había es-

tado chantajeando a nadie. Esa había sido la historia que Louie me había contado con el objeto de llenarme de ira. La idea de Pat era delatar a Louie y recibir la recompensa. El muchacho quería dinero, pero no había intentado regresar a sus métodos antiguos para obtenerlo. Ese pensamiento me hizo sentir me mucho mejor.

Lea empezó a agitarse en el piso. Fuí a examinar a Louie y me di cuenta de que aún estaba vivo. El calibre de la pistola era pequeño y una herida en el estómago es pocas veces fatal. Luego me acerqué a Lea y le ayudé a ponerse de pie. Estaba a punto de sentir un ataque de histeria. La saqué del cuarto.

—Tranquilízate, querida — le dije.—Quiero que regreses a tu cuarto y empaques todas tus cosas. Tú y yo vamos a largarnos de aquí dentro de un par de horas y ya no vamos a regresar.

La conduje hasta su cuarto. Ya había dejado de llorar, pero todavía seguía temblando. La sostenía con un brazo. ¿De qué se trata, Jorge?

Le conté sobre la doble personalidad de Louie.—Hace algunos minutos allá en el pasillo—añadí—cuando se apagaron las luces, Louie me estaba esperando, con el objeto de quitarme la cámara y dañar la película. No estaba seguro, pero creía que yo había obtenido la misma clase de retrato que Pat. Tenía razón. Era la misma fotografía.

—¿Y sobre la otra gente?

—La señora Rollins quería una copia de la fotografía para usar la contra su esposo durante los trámites del divorcio. Esa era la razón que le había hecho venir acá. Me siguió tratando de convencerme a que le vendiera la fotografía. Cuando se apagaron las luces, permaneció allí esperando una oportunidad para apoderarse de la cámara.

—La oí gritar una vez,— me dijo Lea. Nos detuvimos mientras ella abría la puerta. Entramos.

—También Rollins anda! por aquí,— le dije.—Debe haberme visto hablando con ella y adivinó lo que andaba buscando. Su intención era pedirme que no le diera la fotografía y se convirtió en protagonista de la pelea. Por lo que se ve teníamos una buena reunión en aquella oscuridad. Eramos cinco y nadie sabía quién era quién.

Lea empezó a sacar cosas de las gavetas y a vaciar el ropero.—Todavía no tienes suficiente dinero para separarte, Jorge. No podemos esperar que esto tenga buen fin si no tenemos lo suficiente para seguir adelante.

—Esa recompensa de cinco mil dólares hará aumentar bastante nuestro tesoro, querida,— le hice ver. Intervine en sus labores de empaque el tiempo suficiente para darle un beso. Luego añadí,—Tengo algunas cosas que hacer. Termina lo más pronto que puedas y nos veremos en el salón.

Al pasar por el pasillo me detuve y llamé a la policía. Luego regresé al cuarto oscuro. Louie seguía inconsciente y no hacía movimiento alguno. Cerré la puerta y le eché llave desde afuera.

Al cruzar la salita de descanso vi que allí estaba todavía la señora Rollins. Eché una mirada al comedor y vi que la mesa doce estaba vacía. Kurt y su grupo ya se habían ido y ella me estaba esperando todavía.

—Ya ve usted contra lo que tengo que luchar,—me dijo—

HOMENAJE A GALLEGOS EN EL 25º ANIVERSARIO DE DOÑA BARBARA

Por Juan Liscano

N el curso de la última década del siglo XIX, y de los primeros veinte años del siglo XX, nace la que, con propiedad de término, podemos llamar literatura de ficción. Ni la *Comedia* retórica y a la *epic* perfilua y farragosa, ni el siglo XIX, devorado por la política, las cruentas de la Independencia, seguida ésta por las libertadoras de Colombia, Perú, Bolivia, y Ecuador, (1859-1863) con sus alzamientos, pronunciamientos, revoluciones sangrientas, propicios al desarrollo del movimiento literario que creó el calificativo de *novela*.

Las más notables del siglo XIX fueron más bien de contenido histórico y didáctico. Ni *Silv*ón, ni José Luis Ramos, ni Fermín Toro, ni Rafael María de Urdaneta, ni Cecilio Acosta, ni Juan Vicente González, ni el propio Andrés Bello, cuya obra se afirma en dimensión universal y cuyo pensamiento intelectual aunque esporádicamente hayan escrito versos o intentado novelas, pueden ser considerados como escritores de ficción. En cuanto a los poetas del romanticismo, de los cuales figuran cancheros y clasificadores de méritos, ninguno, sin embargo, logró superar los modelos que inspiraron sus obras.

Fue sólo después de 1890, en las revistas *Cosmópolis* y *Boletín Ilustrado*, cuando se inició un movimiento literario de inspiración nacional, con propósitos específicos de creación de ideas estéticas. La temática, novelística o social, se convierte en herramienta de trabajo y las obras ajenas se estudian en las posibilidades de las virtudes y de-

muchacha esa sin una atención. — dije, — pero no tiene por qué viveza. — ¿Quiere venderá una copia que sea necesario, Va a ser evidente, en un caso de modo que se pudieron los periódicos cuando la verá. En me mil dólares por comprarla mañana el envío de periódicos cinco días. — ¿Quiere darle una explicación de los hechos. No n suyo, darle mucho la pu se sentía muy con que no pasaría cho no sin que se libra- que se va a ca cantante, Lea Hol- pronto mejor. — Abrió la bolsa y sa los billetes. Esta vez me mostró. De hecho me la mano por la ser útil un regalo ¿verdad? me prentó con una sonrisa muy con-

En este año de 1954 se cumplen el vigésimo quinto aniversario de la publicación de la novela ejemplar *Doña Bárbara* y los setenta años de vida de su autor, el ilustre novelista venezolano don Rómulo Gallegos.

Con motivo de estos aniversarios se están organizando en toda América significativos homenajes. En el Instituto de Bellas Artes de México, dirigido por el escritor Andrés Iduarte, se preparan diversos actos, entre los cuales figurará el de una exposición de todas las ediciones de *"Doña Bárbara"*, obra que, como es sabido, ha sido traducida a numerosos idiomas, entre otros al italiano, al francés, al inglés, al checoslovaco, al noruego, al alemán y al portugués. Coincidiendo con este homenaje, aparecerán algunos libros sobre el propio Rómulo Gallegos, entre los cuales cabe citar el del escritor cubano Raúl Roa y el del norteamericano Lowell Dunham, profesor de la Universidad de Oklahoma, que es donde se encuentra en la actualidad el autor de *"Doña Bárbara"*.

El autor de *"Doña Bárbara"* y de tantas obras cimeras es, indiscutiblemente, la figu-

ra cumbre de la novela hispanoamericana. Rómulo Gallegos se ha impuesto con rasgos propios en la moderna literatura; la síntesis de lo foráneo y lo nativo da a sus creaciones un valor excepcional dentro de la literatura universal. Además, su estilo es robusto, pleno de expresión y de vigor, y sus libros — ¡esas descripciones maravillosas de la sabana venezolana y de la selva tropical en las que el hombre aparece en su perenne lucha contra la Naturaleza! — rezuman humanidad. Añadamos que Gallegos es no solamente el gran novelista hispanoamericano, sino el novelista hispanoamericano por excelencia: el temario, el vocabulario, los personajes, los sentimientos, todo, todo es autóctono y a la par auténtico. Es la expresión viva de todo un Continente con la conciencia arraigada en la tierra, en su propia tierra, salvado así de la simple imitación y de las corrientes artificiales y superficiales de antaño. Alguien dijo, con entera razón, que la literatura de Hispanoamérica ha entrado ya en su Edad de Oro.

fectos de lo nacional, en los caracteres del mestizaje, en el absurdo histórico y en las contradicciones del acontecer social. Se pretende penetrar en el complejo de la nacionalidad, estudiando su existencia, no en las leyes, sino en la viva materia de su acontecer. El principal aporte estará en el campo de la novelística, la cual adquirirá carta de nacionalidad con *Peonía* (1890) de Romero García y *El Sargento Felipe* (1899) de Gonzalo Picón Febres, pese a *La Sibila de los Andes* de Fermín Toro y al *Santos Zárate* de Eduardo Blanco.

Pero será preciso doblar el cabo del siglo XIX y entrar en las aguas del siglo XX para encontrar a los primeros navegantes de alta mar de nuestra novelística. Ellos se llamarán Rufino Blanco Fombona, Luis Urbaneja Achelpohl, Manuel Díaz Rodríguez, José Rafael Pocaterra, Rómulo Gallegos. Después de la publicación de *Doña Bárbara*, de éste último, en 1929, la novela venezolana trascenderá las fronteras del país y alcanzará categoría universal. Esta obra, la más leída del autor aunque no sea necesariamente la mejor, fué reconocida por la crítica extranjera y de habla española, como una de las novelas ejemplares de la América. Picón Salas explica el éxito obtenido por *Doña Bárbara* en estos términos: "Subsistía sin conciliación aquella antítesis sarmientiana entre las minorías cultas, de estilo europeo y el pueblo adormecido aún en la

embruada noche de su atraso y supersticiones".

"Mérito singular de *Doña Bárbara*, manteniéndose en su estructura, estas dos caras de la existencia vernácula como no se lograría hasta entonces en la ficción venezolana. Conquistado ya el paisaje y descrito el duro oficio de las gentes, era necesario entender con sumo amor y hasta suma paciencia cómo reaccionaban las almas".

Felipe Massiani, con certero criterio analítico, señala: *Doña Bárbara*, manteniéndose en su estructura dentro de la tradición clásica lleva la naturaleza y el hombre americano a un plano de universal belleza; y encuentra su fórmula estética en la concurrencia de tres factores muy bien combinados dentro del equilibrio interno de la novela: a) El hallazgo psicológico: *Doña Bárbara*. b) Un sentido nuevo del paisaje que lo convierte en protagonista mismo de la novela. c) Y una riqueza del documental folklórico, unida a una técnica narrativa que dará contenido social y vibración humana a la obra".

La suerte de *Doña Bárbara* ya está echada. Innumerables ediciones en castellano han dado a conocer, por los países de habla hispana, la historia de la inquietante amazona. Traducciones a otros idiomas han divulgado su existencia por el mundo. El cine mexicano contribuyó a popularizar el personaje, sin arte y sin inteligencia, en una película, aunque con

libreto del autor, mal concebida, peor dirigida y carente de toda virtud interpretativa. Sin embargo *Doña Bárbara* pertenece ya a la mitología de América Hispana.

El hombre

Han transcurrido cuatro décadas entre 1913, fecha de la publicación del primer libro de Rómulo Gallegos — un manojo de cuentos titulado *Los Aventureros* — y el año de 1953 en que hemos escrito este trabajo. En 1954 se cumplirán simultáneamente los veinticinco años de la primera edición de la novela *Doña Bárbara*, con la cual este gran escritor venezolano obtuvo fama internacional, y los setenta de una fecunda y ejemplar existencia que se ha cumplido en la integridad de sus tres personas: la del maestro de escuela que dedicó veintisiete años a la enseñanza, la del escritor y la del hombre libre.

Estos aniversarios le encuentran en el destierro. Fué también en el destierro, el 20 de septiembre de 1950, cuando falleció su esposa, doña Teotiste Arocha de Gallegos, la compañera en treinta y ocho años de íntima comunión espiritual y afectiva. A ese destierro le arrojaron la codicia y la vileza de los militares que, en forma arbitraria y cruel, detentan hoy el poder en Venezuela. No es este el primer tributo doloroso que Venezuela paga a las ambiciones de sus generales y coroneles. No olvidemos que Simón Bolívar fué la primera víctima de los mezquinos intereses de la casta de los militares a quienes dejó al descubierto, con palabras vigentes, en la carta que en 1821, desde Guanare, dirigiera a don Pedro Gual y de la cual no podemos privarnos del deseo de citar el siguiente párrafo:

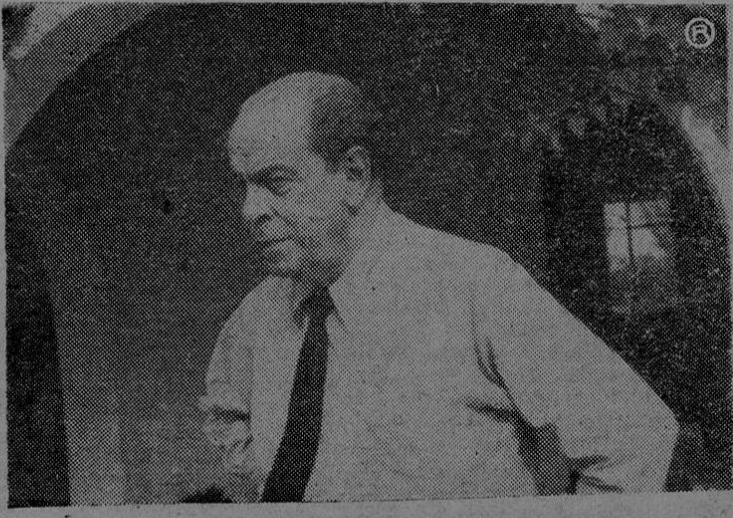
"No pueden Uds. formarse una idea exacta del espíritu que anima a nuestros militares. Estos no son los que Uds. conocen: son los que Uds. no conocen: hombres que han combatido largo tiempo, que se creen muy beneméritos, y humillados y miserables, y sin esperanza de coger el fruto de las adquisiciones de su lanza. Son llaneros determinados, ignorantes y que nunca se creen iguales a los otros hombres que saben más o parecen mejores. Yo mismo, que siempre he estado a su cabeza, no sé aún de lo que son capto-



Gallegos en 1931

Los trato con una consideración suma; y ni aún esta misma consideración es bastante para inspirarles la confianza y la franqueza que debe reinar entre camarada y conciudadanos. Persuádase Ud que estamos sobre un abismo, más bien un volcán pronto a hacer explosión. Yo temo más la paz que la guerra, y con esto doy Ud. la idea de todo lo que no digo, ni puede decirse..."

El tema todo de la obra de Rómulo Gallegos, lucha entre la civilización y la barbarie, entre las aspiraciones superiores y las apetencias egoístas, se convirtió en el tema mismo de su vida personal y en el tema del drama de su patria. La acción pública y política fué en Gallegos como una posibilidad buscada para identificarse con los personajes de sus libros, para encarnar en ellos, por que la literatura le resultaba un medio y no un fin, un medio para hallarse a sí mismo y hallar un sentido a la experiencia de su vida. Jamás cobró verdad mayor la tesis de su obra como cuando Rómulo Gallegos, Presidente electo por la voz del pueblo, pacífico detentor de un poder representativo, tuvo que encararse y fué vencido en el plano de lo inmediato por unos militares que por toda razón esgrimían la de la fuerza bruta y la de sus apetencias. En esa hora histórica de la rebelión militar de noviembre del año 1948, Gallegos supo arrancarle su condición de civil una sonoridad metálica de valiente. En creció hasta el tamaño del héroe la personalidad de Santos Luzar-



Gallegos en la actualidad

dó, y en los militares, en aquel Estado Mayor alzado que pasaba por sobre sus juramentos y compromisos con la causa de la República, descendía, hasta su mayor ruindad, el destino de Doña Bárbara.

A punto de cumplirse la trayectoria de Rómulo Gallegos y contemplada con la perspectiva de los cuarenta años que median entre los días que vivimos y los de la aparición de su primer libro, descubrimos que su obra, además de haber creado un emoción y una imagen de Venezuela, afirma una unidad de estilo y de pensamiento, de propósito y de convicciones que, dentro de altos y bajos naturales, sólo le es dado alcanzar al escritor capaz de merecer el calificativo de clásico.

La obra

Casi todos los temas de sus novelas y algunos de los caracteres que llenan sus primeras creaciones se encuentran esbozados en sus cuentos escritos entre 1910 y 1920, fecha esta última en que publica su primera novela, *El Último Solar*, modificada después y vuelta a publicar con el título de *Reinaldo Solar*.

Su triunfo como novelista fué la causa de que se echaran en olvido sus méritos como cuentista. Sin embargo, estos no son escasos. Aún no se ha efectuado una recopilación completa de sus cuentos. El lector debe contentarse con el volumen titulado: *La Rebelión y Otros Cuentos*. Figuran en aquella recopilación relatos admirables, junto con otros que son ya capítulos de novelas.

Estos cuentos pueden ser reparados en cinco grupos.

I.—Los que constituyen crítica de costumbre tales como *Las Men gánez*, *Pegujal*, *El Cuarto de Enfrente* y *Pataruco*, de los cuales se desprende el novelín *La Rebelión* (1922), boceto magistral de la novela *La Trepadora* (1925), obras estas que plantean el conflicto del mestizaje de razas y de castas.

2.—Los que exponen ideas impregnadas de misticismo, de elevación espiritual, de ansias redentoras tales como *El Místico*, *El Maestro*, *el Apoyo*, *El Paréntesis*, en los cuales se siente ya el soplo de mesianismo que alentarán en sus novelas, y el idealismo de *Reinaldo Solar* y *El Forastero*.

3.—Los que asoman la antinomia civilización y barbarie como *Los Aventureros*, de los cuales brotará el vigoroso árbol de sus máximas novelas: *Doña Bárbara* (1928), *Cantaclaro* (1934) y *Canaima* (1935).

4.—Los que constituyen poderosas descripciones de paisajes o de conflictos psicológicos agobiantes, al estilo de *Marina* o bien de *Paz en las Alturas*, *La Liberación*, *Sol de Antaño*, *Estrellas sobre el Barranco*, *La Hora Menguada*.

5.—Los que manifiestamente desbordan el molde del relato corto para expandirse hacia los cauces de la novela, como *La Fruta del Cercado Ajeno*, *La Ciudad Muerta* y *Los Inmigrantes*.

Hemos de advertir que volveremos a encontrar la crudeza de las luchas psicológicas, el misterio de los paisajes desolados, la violencia de los sentimientos que nos entregan los cuentos agrupados en la cuarta sección, como simiente generosa regada por toda su novelística.

En la formación intelectual de Gallegos hubieron de intervenir, además de clásicos castellanos y

novelistas contemporáneos suyos de España y de América, los naturalistas franceses, los rusos psicólogos y mesianistas, los filósofos del momento, a lo mejor algunos psicoanalistas. Presumimos que los nombres de Cervantes, Galdós, Baroja, Pardo Bazán, Miró, Zola, Balzac, Maupassant, Tolstoy, Andreiev, Gorki, Barrés, Dostoyevsky, Hegel, Nietzsche, quizás Freud, se mezclaban en sus conversaciones literarias con los de los novelistas patrios.

Pero en general, y con la excepción de *El Último Solar*, la obra de Gallegos no hace pensar en un gran lector, sino en un poderoso creador. Sus libros no plantean problemas intelectuales o artísticos, sino sociales, políticos y conflictos intensos de sentimientos y pasiones.

Los procedimientos novelísticos o cuentísticos Gallegos son simples, directos y hasta arcaicos en comparación con los que solían emplear novelistas contemporáneos de Europa y hasta de la misma América. En la escuela de la novelística española que concede a la acción puesto preponderante, encuentra la solución de sus problemas técnicos. Esa parqueada en los modos, y maneras, dará lugar a que el interés descanse, por entero, sobre el argumento, el motivo y el vigor de los caracteres. Sus novelas serán sustantivas y no adjetivas. Elaborará toda su obra dentro de un mismo molde. Uslar Pietri dirá de él: "No hay novelista grande menos renovador y audaz en lo formal y en lo técnico..." Más de un comentarista señalará, sobre todo en *Doña Bárbara*, un carácter cervantino. Al concederle a la acción pues to preponderante no sacrificará por ello la vitalidad de los caracteres, pero éstos tenderán a cumplirse en el continuo acaecer. Sus personajes serán casi siempre gentes de acción, con alma huracanada, pero poco inclinadas al monólogo interior. La acción los irá definiendo.

Uslar Pietri ha resumido de esta manera la estructura de las novelas de Gallegos: "...el escenario natural venezolano presentado al través de un conflicto épico y sentimental que se combina con la pugna reformista entre civilización y barbarie." La fórmula resulta exacta. Con ella Gallegos ha descrito a Venezuela mejor que casi todos sus historiadores.

Julio Planchart definió el estilo de Gallegos con estas palabras: "Le basta lo suficiente y no le intranquiliza la imperfección". Picón Salas, aludiendo a *Doña Bárbara* señalará: "Mas allá de las modas y convencionalismos estilísticos aparecía socorrida de su propia y segura fuerza" y calificará su estilo de "clásico y popular", pensando en Cervantes.

No se puede ignorar el parentesco literario que le une a los prosistas venezolanos que le precedieron o que se le anticiparon en el uso de temas y conflictos criollos. Urbaneja Achelpohl quizás más que ningún otro, influyó sobre él con su don impresionista de describir paisajes y su acento lírico-realista, con su pasión criollista y sus temas y conflictos: mezclas de razas, decadencia del mantuanaje, es decir, de la aristocracia colonial, desorientación venezolana. También Díaz Rodríguez, con sus atormentados vástagos de una casta vencida, venida a menos, y, seguramente, Pocatererra, con sus primeras novelas de vehemente afirmación naturalista. Aunque Gallegos le llevara cuatro años de edad a Pocatererra, este último publicó sus tres novelas iniciales antes de que viera la luz, la primera del autor de *Doña Bárbara*. Entre 1913 y 1919

OBRAS DE ROMULO GALLEGOS EN LA BIBLIOTECA NACIONAL.

- "CANAIMA", Espasa-Calpe Argentina, Colección Austral, 1941.
"CANTACLARO", Biblioteca Popular Venezolana, Dirección de Cultura del Ministerio de Educación Nacional, 1945.
Idem, Espasa-Calpe Argentina.
"DOÑA BARBARA", Espasa-Calpe Argentina.
"EL FORASTERO", Editorial Araluce, Barcelona, Segunda Edición.
"LA BRIZNA DE PAJA EN EL VIENTO", Editorial Selecta, La Habana, 1952.
Idem, Editorial Aguilar, Madrid, Colección Grisol.
"LA REBELION Y OTROS CUENTOS", Librería y Editorial del Maestro Caracas.
"POBRE NEGRO", Editorial Araluce, Barcelona.
Idem, Editorial Elite, Caracas 1937.
"REINALDO SOLAR", Espasa-Calpe, Colección Austral, 1941.
Idem, Editorial Araluce, Barcelona, 3ª Edición 1933.
"SOBRE LA MISMA TIERRA", Editorial Elite, Caracas.

aparecen las novelas de José Rafael Pocatererra. En 1920 es cuando Gallegos da al público su obra primigenia.

Barrés, d'Annunzio, Jean Lorrain influyeron en la literatura esteticista de Manuel Díaz Rodríguez. Urbaneja Achelpohl buscó modelos en una inspiración poético-realista que Picón Salas atribuye a Federico Mistral. Pocatererra seguía las huellas de los naturalistas. A todos ellos debe Gallegos algo.

Reinaldo Solar nace como primo hermano del Alberto Soria de *Idolos Rotos*, y del Tulio Arcos de *Sangre Patricia*. Los 3 son "puntas de raza", vástagos de familias mantuanas que proceden de la Colonia y de la Conquista, en quienes agoniza el poderío de la casta vencida por las guerras y revueltas que han alzado hasta su nivel a pardos y a mestizos. Un destino crepuscular acecha a esos herederos de encomenderos y latifundistas. Gallegos, tomando impulso sobre el tema de la decadencia de una casta y el ascenso trepador de otras inferiores, encuentra el acento propio de su obra. Pero no se limita a hurgar con morbosa complacencia en la psicología compleja de su personaje, sino que apoyándose en él, salta al encuentro de Venezuela. Y muy pronto comprende que el tema de la decadencia de una casta se entrelaza con el del nacimiento de otra casta. Y Reinaldo Solar cederá el puesto a Juan Lorenzo Figueroa y a Hilario Guanipa, o mejor dicho, tras de un tremendo desgarrón interior, de una guerra de sentimientos y pasiones necesarias, llegarán uno y otros a la fusión de sangres y de energías, en procura de una síntesis venezolana. Reinaldo Solar no será el melancólico superviviente de una casta decaída, como Soria o Tulio Arcos, sino la fuerza desorientada que consume en vanos propósitos su amor por la patria, hasta caer vencido por el medio y ser como la bandera hecha un trapo, en manos del soldado.

Haciendo gala de una perspicacia que ratifica, una vez más, las altas cualidades de crítico que se le atribuyen, Jesús Semprúm, saludó con estas palabras, la aparición de la primera novela de Gallegos: "Rómulo Gallegos es cuentista y novelista. Nunca ha tenido el afán del estilo pintiparado, hecho digno de nota allí donde impera el culto bizantino del párrafo oratorio y de las frases untadas de miel. Escribe con precisión, claridad y elegancia". Y aludiendo a los héroes atormentados de Díaz Rodríguez, expresa: "...entre ellos y Reinaldo Solar existe la misma diferencia que entre los hombres de la generación de Díaz Rodríguez y los de la nuestra. Y no sé si me engaña la esperanza, pero tengo para mí que como ciudadano y como hombre, Reinaldo Solar vale más en

su fracaso que los inconformes de hace veinte años. Vale principalmente porque su actitud ante la vida no es fruto de ficciones artísticas ni de conveniencias momentáneas: nunca desespera de la patria, ídolo inquieto en su corazón, y cuando la vida lo arroja convertido en despojo agonizante, a las costas pálidas de la muerte, todavía su mirada turbia va a posarse con orgullosa reverencia sobre la bandera que las brisas del Avila despliegan y baten..." Los párrafos citados tienen una asombrosa virtud adivinatoria de lo que será estilo y destino de Gallegos, en cuya actuación pública y en cuya creación, se expandirá con impetu huracanado o lucidez íntacta, con avasallador poder de arrastre, la pasión de la patria —nación y terruño— hasta cuajar en lección de dignidad republicana y en ejemplaridad de invención artística.

Una vez lanzado por el camino que le condujo al encuentro de temas como el mestizaje, los matrimonios desiguales y la decadencia del mantuanaje, como ya lo hemos dicho tratados con anterioridad por Urbaneja Achelpohl, Díaz Rodríguez y Pocatererra, penetró Gallegos, en la realidad profunda de Venezuela. Salíó de la ciudad para ir al campo. Salíó del ámbito cerrado de la psicología compleja de personajes urbanos para recorrer, con lucidez creadora, el alma de sus mestizos y gentes de tierra adentro, atormentada por las furias abiertas de la naturaleza. Será esta la aventura de Reinaldo Solar. Fué esta la aventura espiritual del propio Gallegos como novelista. También Urbaneja Achelpohl había enderezado sus pasos hacia el campo, al influjo del canto de Andrés Bello, de la famosa *Silva a la Agricultura*:

"¿Amáis la libertad? El campo habita

Honrad el campo, honrad la simple vida

Del labrador, y su frugal haneza. Así tendrán en voz perpetuamente La libertad morada, Y freno la ambición, y la ley templo".

Descartando lo que de ingenuo romanticismo, de inspiración a lo Rousseau, tiene el citado poema de Bello, será preciso, alguna vez, estudiar con detenimiento la influencia ejercida por su mensaje agrarista sobre el desarrollo de la literatura venezolana. En efecto, algunos de los más nobles poemas de nuestra lírica han sido escritos en procura de comunión con el medio telúrico y muchos de ellos, como la admirable *Silva Criolla* de Lazo Martí, constituyen una invitación a regresar a la tierra, a consagrarse a las faenas agrícolas, en contacto con el pueblo campesino y con la naturaleza. Fermín Toro cantó la zona tórrida en una bien compuesta

oda. En nuestros días, algunos poetas han expresado con singular emotividad la presencia y existencia de nuestra naturaleza. Entre ellos citaremos a Antonio Arráiz, cuya obra poética, desgraciadamente, él mismo truncó, y Vicente Gerbasi, autor del extraordinario libro *MI Padre, el Inmigrante*. En este poema dividido en varias partes, obra de poderosa inspiración, el tema de la tierra adquiere subjetividad y, superando el mero realismo descriptivo, la sola objetividad, íntegra, con una emoción de nuestra época y en un idioma de jerarquía universal, la visión de Venezuela, de sus hombres y de su naturaleza a la experiencia psíquica del poeta, a su yo personal. *Peonia*, novela precursora publicado en 1890, principiaba con el motivo del regreso al campo que el protagonista había abandonado por la ciudad disociadora. Con un impulso semejante, propósito de enmienda, regresa a su hacienda Reinaldo Solar, dando así comienzo a la acción de la novela de Gallegos.

Frente al paisaje de la tierra, en una suerte de regreso espiritual, será como Gallegos descubrirá los grandes motivos de su novelística. Nacerá, primero, *La Trepadora*, en el ambiente de una hacienda de café cercana a la capital. Todavía Gallegos no se ha libertado del ambiente urbano. La hacienda Cantarrana, donde transcurre parte de la acción, está situada en un pueblo fácilmente identificable como el de Carrizales, en el Estado Miranda, próximo a la capital de provincia Los Teques. El paisaje será el de la Sierra de la Costa, selvas nubladas y montañas con tierras bajas veraneras. La acción se trasladará a la ciudad para regresar Cantarrana. Con *Doña Bárbara* alcanzará frente a la llanura, la embriaguez total de la naturaleza. Y libertará su extraordinario don de narrador, en párrafos y páginas de descripción inigualada de paisajes y estaciones. Serán creados, entonces, los símbolos de una Venezuela integral, misteriosamente salvada de la obra destructora del tiempo.

En Gallegos se operó la síntesis artística que esperaba la novelística venezolana. Ni el psicólogo preciosista y modernista de Díaz Rodríguez, ni el impresionismo externo de Urbaneja Achelpohl, ni el brutal naturalismo de Pocaterra habían producido la novela ejemplar venezolana. En la fusión de todas esas tendencias estaba la obra acabada. La escribió Rómulo Gallegos y se titulaba *Doña Bárbara*. La creación sin crítica de Gallegos, alcanzó con *Cantaclaro* y con *Canaima*, su culminación esplendorosa. Después *Pobre Negro* y *Sobre la Misma Tierra*, sin superar las anteriores novelas, completarán el ciclo de la invención galleguiana. *El Forastero*, publicado en 1942, pertenece por entero a la época de Reinaldo Solar.

Así como desembocó en la novela porque no cabía dentro del cuento, se encaminó hacia el panorama de las tierras agrestes y las pasiones de sus bárbaros moradores porque no se encontraba a sí mismo dentro del ámbito de la preciosista y cosmopolita temática de Díaz Rodríguez o el rudo realismo urbano de Pocaterra. Y aunque por el gusto en describir paisajes y la aceptación de ciertos temas, se le pudiera emparentar de manera estrecha con Urbaneja Achelpohl, lírico de la naturaleza venezolana, es preciso distinguir en Gallegos, un vigor, una intuición dramática, una inspiración telúrica, una virtud de elevar los conflictos hasta una categoría universal, de los cuales ca-

recia el fino autor de *En este País*.

Por lo tanto, ha sido por voluntad propia como Gallegos se ha apartado del tema urbano y de la tendencia psicologista. Algunos de sus cuentos nos demuestran el don singular que tenía para asomarse y especular con "casos" y "torceduras" psicológicas y reacciones complejas de personajes morbosos. Con leer *La Liberación, Estrellas sobre el Barranco y Paz en las Alturas*, o ahondar en el capítulo donde se desmenuza el proceso de formación de Reinaldo Solar, tendremos la medida de la capacidad de buceo de Gallegos, en las más abstrusas psicologías y en el propio juego del inconsciente. Pero lo que le interesaba no era perderse en esas especulaciones a las que son tan dados muchos escritores jóvenes de su país, enfermos de literatura y de psicoanálisis, sino encararse con la realidad rural, telúrica, cósmica, en la que los hombres se miden con la naturaleza y vuelven a crear la cultura.

Proceso de creación

Las novelas de Gallegos nacen de profundas intuiciones emotivas. Es poco amigo del acopio de documentos, del plan riguroso y previo, del detallismo, de lo anecdótico, es decir de todo aquello, en la novela, que irrita a Antonio Machado y le movía a declarar, no sin agudeza: "Lo que hace realmente angustiosa la lectura de algunas novelas, como en general la conversación de las mujeres, es la anecdota boba, el detalle insignificante, el documento crudo, horror de toda elaboración imaginativa, reflexiva, estética... Es muy posible que la novela moderna no haya encontrado todavía su forma, la línea firme de su contorno. Acaso maneja demasiados documentos, se anega en su propia heurística... En ella, además, son muchos los arrimadores de ladrillos, pocos los arquitectos".

En verdad, el problema de la creación para Gallegos no parece haber sido asunto de forma, de manera, de continente, sino de contenido, de sustancia, de inspiración. Massiani apunta: "No sabemos si tendremos razón al pensar que en Gallegos lo específicamente literario está presidido o condicionado por la inspiración que parece ser de naturaleza romántica y una técnica de rasgos acusadamente clásicos".

Valgan algunas consideraciones biográficas. En efecto, Gallegos parece ser un escritor inspirado, con lo cual se pretende decir que la función emocional es, en su creación, más determinante que la intelectual. Dentro de un esquema lo bastante amplio y seguro para contener la ondulante materia de la invención escrita, Gallegos echa a vivir o a morir a sus personajes actuantes, activos, más que racionales o monologantes. Julio Planchart, quien le conoció íntimamente, señala que Gallegos crea "sus personajes, por los actos de ellos y por una serie de acontecimientos interesantes que les ocurren" y advierte que el propósito inicial del escritor, en *La Trepadora*, no era el de darle una solución optimista al problema novelado. Empero, el desarrollo de los caracteres impuso la acción y el desenlace feliz. Para ser consecuente con sus personajes, Gallegos tuvo que desechar el final trágico previsto. En la dedicación de la novela — ofrenda a un compañero de letras que no supo o no pudo estar a la altura de su amistad, en horas adversas — cuenta lo sucedido: "El hábito pesimista me llevó a darle al boceto de esta

novela una solución trágica, con servando la tuya; más, por sobre mi voluntad conciente, la trama del asunto y el determinismo de los caracteres, tendieron ellos solos, puede decirse, a la solución optimista".

El propio Gallegos nos contaba una vez, que cuando le asaltaban las "ganas" de escribir, empezaba a recorrer toda la casa, lleno de zozobra, buscando lo que él llamaba el rincón propicio, el cual, generalmente, era un sitio donde se pudiera instalar una mesa contra una pared. No podía escribir sino de frente a una pared desnuda, cerrado todo espacio. Entonces escribía seguido, de un tirón, página tras página, sin soportar interrupción alguna. De esa manera, en unos 28 días y tras de un viaje de una semana al llano, escribió, *Doña Bárbara*. Las dos primeras partes de *La Trepadora* fueron concluidas de una sentada y, acaso, se deba la debilidad de la tercera, a que tuvo que suspender el trabajo a fin de atender a la apertura de los cursos escolares. *Canaima* necesitó, tan sólo, un recorrido de quince días por Guayana. Pero una vez concluida la obra, Gallegos demora su publicación, la retoca, la modifica, destruye y vuelve a escribir capítulos enteros. A los íntimos suele leer sus obras inéditas.

Lo expuesto sugiere que Gallegos somete sus novelas a un proceso previo de elaboración interior de masticación de temas y personajes, hasta que un buen día cobran tal realidad que ya no queda sino alumbrarlas sobre el papel. Allí empiezan a vivir para los demás y, a veces, suelen sorprender al propio autor, con el curso de sus acciones.

Conclusiones

La primera conclusión que se desprende del estudio panorámico de la obra de Gallegos es la de que ella se presenta como un todo compacto, integrado, en lo literario, por cuentos y novelas comunicantes; en lo personal, por una vida que se cumple siempre en función civilizadora generosa, a través de la triple dimensión de maestro, hombre de hogar y hombre público.

En lo que se refiere a su literatura es preciso concluir que se trata de un ciclo y no de una sucesión de escritos independientes los unos de los otros. Ese ciclo descansa sobre un determinado conjunto de constantes que le conceden unidad de forma y de fondo. Temas y protagonistas suelen pasar de una obra en otra cumpliéndose hasta el agotamiento de sus posibilidades o bien ofreciendo aspectos diferentes de su existencia. En realidad los personajes de Gallegos no pasan de una veintena.

No sería posible presentar a Gallegos como una inteligencia immanente, infusa y solitaria que nada debe a sus compañeros de generación o a los escritores que le precedieron. Empero no cabe dudar de que ninguno de aquellos supo interpretar tan profundamente ni traducir a un idioma literario de tan vigorosa belleza, la realidad que pretendían aprehender. Ninguno, tampoco, supo trascenderla a una creación artística con aceptación universal.

Se puede hablar de un universo galleguiano, el de sus símbolos, el de sus héroes el de sus villanos, el de sus temas, el de sus paisajes, el de sus misteriosas figuraciones.

Ahora, a punto de cumplirse ya el ciclo del descubrimiento galleguiano, decimos: *Doña Bárbara*, y con sólo pronunciar esa

palabra despertamos un juego de imágenes en las que pasa algo que pertenece a Venezuela. La obra de Gallegos hace posible nombrar con propiedad sentimientos, pasiones, virtudes y maldades del alma de ese vasto complejo geográfico y humano que es nuestro país. Decimos: Juan el Veguero, y nos agosta el horror de la miseria en la que puede volverse polvo en vida el hombre de las sequías venezolanas; decimos Florentino Coronado, y es toda la criolliería vivaz no exenta de melancolía, la que se pone a cantar o a contar "cachos"; decimos: Juan Parao, y se inflan las banderas amarillas de la Federación; decimos: Encarnación Damasano, Antonio Sandoval, Venancio Navas, y nos ponemos firmes ante la lealtad que pasa; decimos: José Francisco Ardavin, Melquiades Gamarra, Cholo Parima, Adreán Gadea, y son cabezas de bestias que se asoman a rostros conocidos; decimos: Juan Crisóstomo Payara y es un mundo que se vuelve hombre; decimos: Marcos Vargas Reinaldo Solar, y dentro de nosotros se rompe una vena de llanto porque nos asalta la súbita evidencia del sino de frustración que puede pesar, como lápida mortuoria, sobre el idealismo de la juventud de un país donde impera la ley del más fuerte. Recordamos nombres: Pío Tamayo, Carlos Aponete, Armando Zuloaga Blanco, Leonardo Ruiz Pineda, Alberto Carnevali, Antonio Pinto Salinas... Los unos roídos por las cárceles los otros disparada sin rumbo la flecha del impetu juvenil, algunos caídos en acción de rebeldía generosa. Fuerzas desorientadas o voluntades heroicas. Dramas de desencanto. Devorados por la bestia de la realidad, ante el porvenir, en un país donde toda tentativa de superación por el espíritu, de a finamiento por el amor, parece, de antemano, condenada al fracaso. Sin embargo, el porvenir será de esos mártires y no de sus verdugos, porque los pueblos cuidan el recuerdo de sus héroes y abominan el de sus tiranos.

Las novelas de Rómulo Gallegos recogen todas las experiencias y tentativas anteriores o contemporáneas de hacer novela venezolana y les imponen el sello de lo definitivamente creado. En ellas, todos los elementos que componen la realidad convergen para crear un mundo y sobre éste suele resplandecer la estrella simbólica de la redención por el espíritu. De ahí la diversidad de aspectos que presenta la obra galleguiana, en realidad inagotable como la vida misma. Hay quien la define como cuadro de costumbre y descripción de paisajes naturales; hay quien la califica de realista y fotográfica, o bien de reformista y tendenciosa. Los que quieren "estar al día" la rechazan por su objetividad y carencia de sutileza psicológica, en tanto que otros la estudian como si se tratara de una galería de casos freudianos. Se discute su actualidad o su anacronismo. Cada cual mira en ella lo que quiere o lo que es capaz de ver. El lector de pocos vultros se complacerá tan sólo en la descripción de costumbres, de paisajes y de accidentes. Otros, mejor preparados, admirarán el equilibrio logrado entre esos elementos y el don de la escritura. Los menos, gustando de esa virtud de estilo y de composición, se asomarán a perspectivas hacia un "más allá" surgido por determinados símbolos. Finalmente, alguno se llenará con la gracia de todos los "sentidos" de su creación.

Hace veinticinco años, en la primera semana de agosto de 1929, las prensas de la Editorial Araluce, de Barcelona (España) lanzaban a la circulación una obra que estaba llamada a consagrar de inmediato y para siempre a su autor como una de las glorias de las letras hispano-americanas. Porque de aquellas maquinarias, cuyos tipos parecieran estar realizando lo que sugería el nombre del taller —es decir, "arando luces" y fertilizando el campo fructífero de la cultura—, estaba brotando la primera edición de "Doña Bárbara", la obra cumbre de Rómulo Gallegos, el genial novelista venezolano. La significación, el contenido y la trayectoria de esa obra, no es cosa que deba ocuparnos en estos simples esbozos bibliográficos. Pero, al dar noticia histórica de su inicial aparición, si es bueno recordar que desde el mismo momento en que, fresca aún la tinta de imprenta, la novela llegó a las manos de los lectores hispanos. "Doña Bárbara" se convirtió en una de las obras más representativas de la creación literaria de habla española. Antes de un mes, un jurado compuesto por escritores de tanta nombradía como Gabriel Miró, Ramón Pérez de Ayala, José María Salaverría, Eduardo Gómez de Baquero y Enrique Díez-Canedo, le otorgaba el premio de la Asociación del Mejor Libro del Mes, en Madrid. Y aquel premio no iba a ser sino el primero entre los muchos homenajes y reconocimientos que su obra literaria iba a dar a Gallegos.

Desde entonces, las ediciones de "Doña Bárbara" se multiplicaban ante la creciente demanda del público que ávidamente devoraba aquellas páginas que los críticos colocaban en la primera línea, parangonándose tan sólo con "Don Segundo Sombra" de Gihiraldes y "La Vorágine" de Rivera. La Editorial Araluce se vio forzada a reeditarla repetidas veces. Luego haría otro tanto la Editorial Elite, de Caracas. Más tarde la popularizaría por todo el continente, en ediciones que se multiplican cada año, la Editorial Espasa-Calpe con su conocida Colección Austral. En Puerto Rico se hizo una edición especial, con notas críticas de Mariano Picón Salas, destinada a los estudiantes de la isla. Y en muchos otros lugares y editoriales se imprimió y se sigue imprimiendo aquella novela magistral. Además, figura en la lujosa edición de "Obras Completas" de Rómulo Gallegos que la Editorial Lex de La Habana, publicará en 1949 y en las "Novelas Escogidas" que la Editorial Aguilar de España incluyera, en 1951, en su Colección "Joya". Junto con "Reinaldo Solar", "Cantaclaro", "Sobre la Misma Tierra" y "La Trepadora".

Pero "Doña Bárbara" no se circunscribiría al público de habla española. La noticia de su fama llegó a tierras de extrañas lenguas, y de inmediato se vertió su vigoroso castellano y el recio y pintoresco hablar de sus personajes venezolanos, a lenguas tan disímiles como el inglés y el francés, el suco, el alemán, el ruso, el holandés, el italiano, portugués, noruego, checoslovaco, etc. Y es así cómo

se dan casos tan extraños y anecdóticos como el hecho de que en la Biblioteca del Congreso de los Estados Unidos, aquella obra no figure ni en su idioma original ni en la traducción inglesa, sino en las versiones holandesas y alemanas, editada la primera en Leipzig, en 1941, por G. H. Neuendorff, y la segunda en Zürich, en 1952, por Werner Peiser.

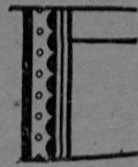
Más "Doña Bárbara", publicada cuando su autor acababa de cumplir —en esa misma semana— 45 años de edad, no era la primera obra de Gallegos. Desde fechas lejanas, que se enraizan con el nacimiento de este siglo y la muerte del pasado, Rómulo Gallegos venía publicando sus bien logrados cuentos en una célebre revista venezolana de la época titulada "El Cojo Ilustrado". Y en 1913 publicó, bajo el título de "Los Aventureros", una colección de esos cuentos que reunía siete de los más importantes. Seguiría Gallegos por el camino de la producción cuentística, hasta publicar todos los que más tarde se reconciliaron en la edición que la Librería y Editorial "Del Maestro", de Caracas, editara en 1945. Pero después de escribir "La Rebelión", el más representativo de esos cuentos, Gallegos había abierto las puertas de la creación novelesca. Y por ella penetró, audaz y presagioso, con "El Último de los Solar", título que luego cambiaría a "Reinaldo Solar", publicada por primera vez en 1920. Le seguiría "La Trepadora" (1925), "Cantaclaro" (1934), "Canaïma" (1935), "El Forastero", "Pobre Negro". En 1952 se editó "La Brizna de Paja en el Viento", la última que hasta ahora ha escrito Rómulo Gallegos. En cartera conserva aún algunas obras inéditas y prepara algunas otras. En el interín ha publicado un drama, "El Milagro del Año", y filmado algunas películas, "Juan de la Calle" (Estudios Avila, Caracas) y "La Vecina de Enfrente" (México), amén de las ya conocidas versiones cinematográficas de algunas de sus más importantes novelas. Aparte de todo ello, pero engrosando también el vigoroso caudal de su gloriosa carrera, están muchos célebres discursos, pronuncados la mayoría de ellos con ocasión de su ejercicio político, responsable y cívico, y en diferentes instituciones latino-americanas como la Universidad de Costa Rica cuando se le otorgara el título de "Doctor Honoris Causa".

Su vida y su obra, tan llenas de enseñanzas para la juventud americana la una como la otra, han merecido el interés no sólo de los críticos literarios sino de los más disímiles hombres del pensamiento. Y ese interés se vendrá a conjugar en estos días con dos obras que engrosarán la bibliografía galleguiana: "Una posición ante la Vida", ensayo biográfico de Raúl Roa y un trabajo de la misma índole del norteamericano Lowell Dunham. Al mismo tiempo, la Editorial "Tezontle", de México prepara una edición especial de "Doña Bárbara", como homenaje a su autor en los veinticinco años de la primera edición de esa novela y en los setenta de Gallegos, que debe salir a la circulación en esos mismos días.

J. S. G.

Cincuentenario de la muerte de Tchejov

Por Georges Fradier



L 2 de julio de 1904, en una aldea de la Selva Negra, moría Antón Pablovitch Tchejov, víctima de la tuberculosis, a la edad de cuarenta y cuatro años.

Uno de los grandes escritores rusos. Nadie lo sabía aún, a menos de haber visto las representaciones del Teatro de Moscú, en donde Stanislavsky había puesto de modo magnífico "La Gaviota", "El Tío Vanía". Y la Gaviota se había convertido en el emblema del Teatro. Mucho más tarde, hacia 1930, varios sectores literarios de Europa, y sobre todo de Inglaterra, confesaban experimentar la influencia profunda de Tchejov como dramaturgo y narrador. En general, se calificaba esta influencia como una ola de tragedia y pesimismo.

Este pesimista había comenzado por el humorismo que ya nunca abandonó; en verdad, humorismo algo sombrío que inquietaba a las gentes sin lograr hacerlas sonreír. Era una curiosa época de Rusia. La esperanza tenía el aspecto de una burla desde el asesinato del Zar Alejandro II y el fracaso del movimiento populista. Los grandes hombres desaparecían: Dostoievsky había muerto en 1881, Tourgueniev en 1883, Ouspensky se había vuelto loco. Quedaba Tolstoi con la no resistencia, la vuelta a las fuentes y los falansterios de intelectuales dedicados a la abstinencia. El pueblo callaba. La alta sociedad se divertía mucho.

Antón Tchejov, médico, observaba, auscultaba, describía el mundo de fin de siglo, sin lirismo, sin elocuencia acusadora o profética, pero sin frialdad y sin menosprecio. El mundo le parecía lleno de enfermos, algunos peligrosos, otros dignos de lástima, víctimas ridículas de sus propias ilusiones. Trataba él de arrancarles esas ilusiones que hubieran significado una traba para su libertad. Se le podía tomar por un anarquista.

"No soy liberal ni conservador, moralista ni escéptico o indiferente. Desearía ser un artista independiente: esto es todo... Toda etiqueta o marca de fábrica es para mí un insulto. Lo único sagrado para mí es el cuerpo humano. Igualmente son sagrados el talento, el amor, la razón, la inspiración y la libertad absoluta." Tchejov proclamaba los axiomas de un positivismo un poco desafiante y de un materialismo vigoroso. Y esa proclamación la hacía frente a un Tolstoi convertido ya en patriarca, o a "filósofos" religiosos como Soloviev, Minsky y Merejkovsky. "En la electricidad y en el vapor hay más verdadera humanidad que en la castidad y en el sistema vegetariano. Y hablaba con gran seguridad de la "cultura moderna", comienzo de la obra que debe realizarse en nombre del porvenir, mientras que el movimiento religioso es la culminación fosilizada de lo que se encuentra en trance de morir o ya está muerto..."

Sí. Pero en su obra literaria ¡qué marasmo espiritual, cuántos fantasmagoras en persecución de un ideal que se encuentra fuera de su alcance, cuántos esclavos de "la oscuridad todopoderosa"! En su teatro —en el que no pasa nada— ¡cuántas vidas inútiles, cuya lenta descomposición se sigue con angustia! Desde su primer drama (Ivanov), presenta Tchejov su personaje favorito: un intelectual neurasténico, acaso no todavía loco, pero profundamente desequilibrado. Ibsen pintaba en ese mismo

tiempo estos "náufragos de la vida."

Estas víctimas, generalmente nefastas, no eras condenadas por Tchejov. En el relato del "Monje Negro", el profesor Cobria vive de sus sueños. Cuando sana de esta enfermedad onírica y por consecuencia considerada culpable se encuentra al borde de la desesperación; abandona a su mujer que, creyendo salvarle, le ha privado de sus maravillosas alucinaciones. Muere tuberculoso (el Dr. Tchejov conocía bien esta enfermedad. Entonces, "El Monje Negro" de sus sueños viene a consolarle y le da la certeza de su genio. Si el profesor sucumbe es porque existe un desequilibrio muy grande entre su alma eterna y su débil cuerpo mortal.

La palabra pesimista ¿puede aplicarse exactamente a esta fábula? No, en absoluto, menos aún que el relato "Duelo", cuyos tristes protagonistas alcanzan, sin embargo, al absurdo: hacen el mal o fabrican la desgracia por vanidad o por cobardía y buscan su excusa en la crítica de la sociedad. Pero, finalmente no mueren por su necedad y no son vencidos por completo, y el autor —esto es esencial no les disimula su simpatía.

Se podría probar que a medida que Tchejov avanzaba, cada vez más lucidamente hacia el fin de su vida y que perfeccionaba su obra en profundidad, se dejaba ganar por una ternura severa hacia su mundo desequilibrado. No creía que su mundo perecería con él. Pero tampoco creía en la victoria definitiva del mal o del bien ni en las apocalipsis vengadoras. "El Tío Vanía" cuya creación data de 1899 es precisamente el drama de una fe difícil, aunque secreta y discretamente austera. Una impostura descubierta provoca de ordinario —por lo menos en el teatro— ciertas rupturas ruidosas y se resuelve en muertes y resurrecciones. Las catástrofes son misteriosamente evitadas y los personajes que poseen la clave de éstas prefieren la vida cotidiana, es decir, simplemente la vida, no por cansancio o cobardía, sino en aras de la simplicidad y del silencio, en nombre de una resignación espiritual.

El relato "Mi Vida" va más lejos aún por este camino que se puede llamar la vía de la esperanza. En apariencia se trata de la historia amarga de un fracaso sentimental, conyugal, social y político. El protagonista Poloznev había querido realizar una noble experiencia, en compañía de su esposa, redimiendo a los campesinos analfabetos y aplicando las doctrinas más generosas. Todo se derrumba de pronto. Los campesinos no desean las mejoras que se les proponen y que no comprenden. La joven esposa parte para América y Poloznev vuelve a su antiguo oficio de decorador.

Pero para Tchejov el fracaso no trae consigo ninguna consideración sobre la vanidad del esfuerzo, del progreso, del amor o de la educación, y no es siquiera inevitable. Puede parecer característico y sorprendente a los ojos de un pesimista que el héroe acepte únicamente una desilusión temporal al discernir el motivo de su fracaso y al darse cuenta que no se trata de causas metafísicas sino más bien económicas y sociales. El razonamiento de Tchejov era seguramente comprensible y familiar para los lectores rusos de 1900: al desaparecer la ignorancia de las masas populares, cada individuo trabajará de acuerdo con su capacidad, pero cada trabajo será apreciado por igual.

KAFKA Y EL MONSTRUO

Por RAMON SENDER

UNO de los libros que más han sido leídos en nuestro tiempo en todos los países y en todos los idiomas es "Metamorfosis" de Kafka. En los Estados Unidos, frecuentemente retrasados en materia de arte, se dió a conocer recientemente. En España lo publicó la "Revista de Occidente" en la década de 1920-30. Un libro denso y concentrado cuyo interés reside en el frío terror que nos produce un pequeño monstruo encerrado en una habitación y tratando de vivir en el seno de una familia burguesa, la familia de Kafka. Naturalmente, el monstruo en el mismo autor.

Pocos aficionados a los buenos libros y desde luego, ningún escritor joven, ignoran esa pequeña maravilla en la cual la conciencia torturada de un escritor muestra las latitudes de su angustia. El monstruo de "Metamorfosis" ha pasado a tomar estado literario al lado de otros mitos mayores de la literatura alemana y, en general, europea.

La reacción unánime de los lectores, al terminar la última página de ese librito inolvidable, es del alivio, de descanso y también de un sentimiento de piedad y de admiración hacia el autor. Pobre Kafka. Todo su gran talento y su gloria póstuma no pueden compensar ni durante su vida ni después de su muerte la desventura de su juventud. La tragedia de su vida.

Viendo la obra de Kafka con intenciones de análisis, lo primero que nos sorprende es hallar cierta cualidad parasitaria en la imaginación del autor. Ve Kafka, literariamente hablando, pegado a Dostoyewski, de cuya obra se alimenta. La frialdad de las novelas del autor checoslovaco-judío-alemán y su vaga irrealidad son una consecuencia de ese parasitismo. Así como otros autores viven una vida buena o mala, pero en todo caso, una vida suya, Kafka vive la sombra de una existencia, que comienza y termina dentro de la espléndida obra del autor ruso.

"Metamorfosis" nos ofrece un ejemplo evidente.

El monstruo de esa desolada narración vivía antes ya en las páginas de Dostoyewski. En la tercera parte de "El Idiota", uno de los personajes, Hipólito, enfermo de tuberculosis como Kafka, tiene un sueño y lo cuenta. He aquí cómo: "Yo estaba en mi cuarto de enfermo y, de pronto, me dí cuenta de que tenía cerca un animal extraño. Era una de esas alimañas que no existen en la naturaleza y se me había aparecido a mí expresamente y con algún motivo misterioso. Yo lo veía muy bien. Era una especie de reptil cubierto de escamas color canela, de unos ocho palmos de largo, con una cabeza gorda como el puño y una cola que iba gradualmente afinándose hasta terminar en una punta del tamaño del dedo meñique. A cada lado de la cabeza le salía una pata formando con el cuerpo un ángulo de cuarenta y cinco grados. Mirado desde arriba, el animal presentaba el aspecto extraño de un tridente.

"La cabeza — sigue diciendo Dostoyewski — no la veía, pero sí que veía dos bigotitos pequeños



también color canela. Tenía otros bigotes iguales en el remate de la cola y en los de cada pata. El animal corría por el cuarto muy ligero, apoyándose en las patas y la cola. Al correr, el tronco y las patas vibraban con rapidez extraordinaria a pesar de las escamas, lo que resultaba curioso y extraño. Yo tenía mucho miedo de que me mordiera. Me habían dicho que era venenoso, pero lo que más me preocupaba era quién me lo habría echado en el cuarto, que quería hacer conmigo y que misterio era aquel.

"El bicho — dice Dostoyewski — se escondía debajo de la cómoda, debajo del armario, se escurría por todos los rincones. Yo me senté en una silla encogiendo los pies. El recorrió ligero, unas veces de frente y otras de costado, todo el cuarto y desapareció no sé dónde, detrás de mi silla. Yo miraba alrededor, muy asustado. Esperaba que no treparía a la silla, pero oí a mis espaldas casi a la altura de mi cabeza un ruido seco. Me volví y me dí cuenta de que el bicho había trepado por la pared y estaba cerca de mi cabeza. A veces agitaba su cola y me tocaba el pelo con ella.

El autor ruso sigue hablando de ese bicho, que se adueña de la habitación. El enfermo Hipólito no se atreve a acostarse. Grita y acude su padre. El padre de Hipólito aparece allí para resolver el problema, pero él mismo tiene miedo y va a buscar al perro. Entretanto el monstruo, el bicho, "la cosa", se pasea por el cuarto lentamente, dueño de la situación.

Hasta el final de este incidente, la atmósfera del cuarto es la misma de "Metamorfosis": el bicho tiene la misma actitud incomprensible para nosotros, pero fuertemente justificada en sí misma. El padre, indiferente y eficaz, da la misma sensación de poderío y de alejamiento que el padre de Kafka. En el aire flota la misma angustia. Cualquier escritor que conozca un poco los primeros movimientos de la inspiración identificará inmediatamente esa página de "El Idiota" con la idea matriz de "Metamorfosis". Yo no sé si esta observación la ha hecho antes algún crítico. Creo que no. En todo caso, yo no la he leído.

Recientemente, se han publicado nuevas colecciones de cartas y de notas literarias de Kafka. También se ha publicado una respetable cantidad de crítica desde todos los puntos de vista imaginables, dominan-

do, como es de suponer, el lado esteticista y el de la psicopatología.

Nadie le niega a Kafka uno de los primeros lugares en las letras de este siglo. Y es muy curioso que este joven maestro judío-checo-alemán haya nacido y se haya desarrollado en el ámbito artificial de la imaginación de otro autor, Dostoyewski, fuera del cual parece como si la vida, las cosas y las personas carecieran para él de interés. Sus personajes son como la última esencia intelectual de las angustias de los Raskolnikov, de los Karamazov y de tantos otros — incluido el Príncipe de "El Idiota" — después de haberlos despojado de sentimientos, de pasiones, de carne y de linfas inútiles.

Uno de los hechos que más sorprenden en nuestro tiempo es la coincidencia en las mismas tendencias de las personas y los grupos sociales que viven lejos y sin relación alguna entre sí. Nadie conocía en París a Kafka cuando comenzaron a proclamar el predominio del inconsciente en el arte. Tampoco el autor judío-checo-alemán sabía nada de los movimientos vanguardistas de Francia cuando escribió sus obras, muchas de ellas inéditas al morir en 1924.

Estoy seguro de que ninguno de los pintores o escultores que exponían en Madrid o en París en los años 1929-34 habían leído la obra de Kafka y, sin embargo, en la sequedad y en aire alucinado de las composiciones, en la irrealidad de las luces, y, sobre todo, en la falta de materia nacional "positiva", todos ellos parecían hermanos de Kafka, especialmente los de influencia surrealista, incluido el Picasso de aquellos años.

Existía ya Kafka antes de que su obra fuera divulgada y llegara a contaminar la atmósfera. Sus tres grandes novelas se publicaron en el idioma original después de 1924. "El Proceso", "El Castillo" y "América", estaban sin terminar cuando el autor murió en condiciones muy parecidas a las del héroe fantástico de Dostoyewski (Hipólito, el que se agita y lucha en su cuarto de enfermo con la indefinible "cosa").

Como es sabido, la mayor parte de la obra de Kafka se publicó póstumamente, y contra la voluntad del autor, por un amigo suyo llamado Max Brod. Muchas más sugerencias de Dostoyewski he hallado en mis lecturas recientes de Kafka y las expondría, si no temiera hacer demasiado extensa esta crónica. Kafka es un hijo del gran autor eslavo. Un hijo que tiene, tanta fuerza como su padre y que va un poco más lejos que él. Como parece imposible ir más lejos que el autor de "Los Hermanos Karamazov", Kafka se asoma a peligrosos lugares prohibidos que rozan francamente la neurosis.

¿Pero no es siempre toda gran obra de arte un poco loca para sus contemporáneos? ¿No lo fué la "Divina Comedia"? ¿No lo fué "La Celestina"? Cuando Dante cruzaba por las calles de Verona, como una sombra también, los chicos le seguían y gritaban: "Ese hombre ha estado en el infierno". Cuando Rojas publicó "La Celestina", ocultó su nombre y sólo se atrevió a darlo más tarde en nuevas ediciones en forma de un acróstico ligando ver-

tualmente las iniciales de cada verso a lo largo de una composición poética inserta en el prólogo.

También Kafka había estado en el infierno — con alimañas como la de "Metamorfosis" — y también ocultaba, temeroso, su nombre y se negaba a publicar sus escritos, como Rojas en aquellos años del descubrimiento de América, en pleno Renacimiento, viniendo en una atmósfera cargada del oxígeno de las ideas nuevas. Igual que hoy. El universo es redondo y finito, dicen los sabios.



CRIOLLITA

Por el Lic. J. Juan Serna

Criollita
Divina,
de sangre española...
;Como la Andaluza!

De ojos muy negros,
bellos y rasgados
y de
melodioso hablar,
de dulzona voz...
;Como la andaluza!

De cadencioso andar,
cimbreado y corto
y de
ardiente sangre,
de cuerpo excitante...
;Como la andaluza!

De piel bronceada,
sutil y elegante
y negro,
muy negro el cabello...
;Como la andaluza!

De pies pequeños
con torneadas piernas,
como columnatas del
Templo de Eros
;Como la andaluza!

De bellísimas manos,
para las caricias
y de
brazos moldeados
por Dios— escultor...
;Como la andaluza!

Criollita divina...
en el Jardín de las Delicias.
eres...
Musa de Amor.
;Afrodita!

J. JUAN SERNA

Turrialba Julio de 1954.



CINCUENTA Y UNA. —

ALMAS INGENUAS

Obra analizada: LA MALA SOMBRA,
sucesos relatados por Joaquín García Monge. — 1917.

Mi muy estimado señor Director:

Es ésta una deliciosa galería de retratos. Una serie de interesantes psicologías delineadas con mano de artista por ese corazón de oro al que llamamos, sin adjetivo alguno, el Maestro. Porque García Monge, antes que nada y por sobre todo, es un Maestro en la extensión absoluta de la palabra. De lo que sus ojos inquietos van observando en la vida de los demás, retiene solamente los detalles de bondadosa tendencia. No sabe ver sino lo que le parece digno de sincera estima. Y luego lo declara en elogios discretos que nos obligan a reconocer la verdad de cuanto afirma.

En este libro, el Maestro —con un estilo de sencillez profunda como es sencilla la vida del autor— nos señala momentos preciosos en la vida de muchos de sus amigos los campesinos costarricenses. El Maestro ha sentido honda inquietud por quienes, en nuestra tierra han vivido cerca, muy cerca de ella. Tan cerca que, a veces, es posible, necesario confundirlos con ella.

El libro, de pocas páginas, fue dedicado a la buena, a la anciana madre, doña Luisa Monge de García porque a ella el hijo le debe el gusto que siempre ha sentido por las cosas de nuestro pueblo.

Desfilan por ese volumen varias vidas modestas. A nadie, si no al Maestro generoso, se le hubiera ocurrido fijar, en prosa sencilla y ferviente, algunos instantes de esas valiosas existencias.

Proceso Vega, el incansable sembrador a quien entusiasma el propio temperamento optimista, con dolor que surge de lo más hondo del espíritu, declara, agriando el anochecer gris, nublado y triste, que el Cholo, su cuñado, le ha traído la mala sombra. Se siente perseguido por la suerte contraria. ¡Está salado!

En el desfile de humildes personajes aparece, en seguida, el difunto José. Canijo, taciturno, amigo de la soledad, se ganó fácilmente el respeto de cuantos lo conocieron. En un raptó de inquietud anímica se suicidó. Se impuso en su espíritu la indecible e inevitable tristeza que había visto posarse sobre todas las cosas que lo rodeaban. En la conciencia campesina, el difunto José, por dictados de una lógica inexplicable, se transformó en alma milagrosa. Los cristianos llenos de piedad le hacían promesas. Daban, a la indiecilla madre, tapas de dulce, puñados de frijoles negros, monedas... Esperaban, confiados, que el beneficio solicitado se cumpliera. ¡Y se cumplía!

Delicada la estampa en la que García Monge fija el recuerdo de un viejecillo pordiosero. Vivía de la caridad pública. A pesar de la indigencia suya sin límites, pensaba en otros seres, más desamparados que él mismo. Algo de lo que le regalaban le servía para aliviar miserias ajenas, más tristes que la propia.

Los campesinos de García Monge son campesinos costarricenses. Respetuosos, ingenuos. Impasibles, al parecer. Resignados ante el propio destino en el que creen a pie juntillas. Nada de lágrimas, ni alaridos, ni quejas ruidosas. Rencores sordos, eso sí. Y con ellos resoluciones firmes y silenciosas. Su filosofía: prevenirse contra la impaciencia que es como defenderse de la desesperación. Se renos ante las tempestades de afuera y ante las de adentro, que son las peores. Transforman, de modo inconsciente, los propios sufrimientos. A veces, se refugian en la más dolorosa indiferencia.

No se complacen en la calumnia. Ni siquiera en la maledicencia inofensiva. No comentan los defectos ajenos. ¿Para qué? Saben, por intuición profunda, que al criticar a los demás, ponen en evidencia los propios defectos.

Conservadores por íntima convicción. Esa manera de pensar los convierte en enemigos de cuanto es arbitrario. No saben, no quieren utilizar la contradicción. Prefieren guardar el silencio que es más elocuente que cualquier palabra. Se resignan fácilmente. Saben sufrir en silencio.

Como los niños ignoran la muerte. No la temen. Les agrada sentirse siempre en contacto con su Dios. Por eso son intensamente religiosos. Para todo invocan y obedecen la voluntad del Señor. ¡Sea por Dios! es la exclamación favorita suya cuando una contradicción los preocupa. En ocasiones, sus creencias los llevan hasta la superstición.

Aman a los niños. Antes de acariciarlos, antes de elogiarlos, los bendicen. Son generosos sin límites. Saben compartir con sinceridad las angustias ajenas. Saben también —y esta es una de sus características más valiosas— saben también alegrarse, hondamente alegrarse con las alegrías de sus semejantes. No les es posible dolerse de la dicha ajena. Mucho menos llenarse de satisfacción ante las inquietudes de sus semejantes.

Sienten el orgullo de su tierra, de su rancho, de su mujer, de sus hijos, de sus animales.



ASI
VISTEN
ELLAS

Dyalá
Ileana
Salom
Rodríguez

Efluye celestial su encanto en la mañana... Nace de la gracia su primavera en flor Y el día —nido de la luz— aroma como una rosa en su presencia...

Dyalá, misterio... belleza... y poema...

(Foto Solano)



TRES SILABAS

Tres sílabas y un acento...
tu nombre, llena mis ojos
de contento.

se van,
se van
y se van...

Avila, sobre las peñas,
tus voces saltan al cielo,
y me enseñan,
cómo las aguas del río

Tres sílabas y un acento,
yo salto feliz al cielo.

— Salvador Jiménez Canossa

García Monge así los ha visto. Y al través de los escritos entusiastas del Maestro, así los hemos visto nosotros. Porque así son los campesinos de su Patria, de nuestra Patria. El Maestro los quiere con toda el alma porque él ha vivido las angustias de aquellos seres. Le han entusiasmado sus alegrías sinceras. Con ellos ha sufrido. A su lado ha reído. Sinceramente. Porque comprende que ellos y ellas forman la propia familia suya, como la de todos nosotros los que llevamos en las venas siquiera una gota de sanguínea.

El libro es costarricense por todos los costados. Hasta el estilo es de una naturalidad indecible. Parece estar en la habitación en la que el Maestro refugia sus anhelos y sus preocupaciones. Parece que estamos escuchando su lenta charla sabrosa. Nos parece oír su risa saturada de contagioso entusiasmo.

El Maestro —como lo llaman, en la América toda, quienes lo admiran y lo quieren— debe abandonar el silencio en el que se ha sumido durante nada menos que siete lustros. Debe volver a la tierra, a las eras de feracidad extraordinaria, a las siembras y a las cosechas. Debe volver a sus campesinos y traernos de allá nuevos relatos tan sabrosos como los que forman esta maravillosa Mala Sombra.

Con el cariño de todos los momentos saluda, al señor Director de LA REPUBLICA,

LUZ DEL ALBA

